

La Celestina

de
Fernando de Rojas

Versión de Agustín Iglesias

TEATRO GUIRIGAI

INDICE

<u>Escena</u>		<u>Página</u>
<u>1ª PARTE</u>		
1	ENCUENTRO DE DOS AMANTES (<i>Calisto, Melibea</i>) (<i>Casa de Melibea. Amanecer.</i>)	1
2	DESESPERACION DE CALISTO Y CONSUELO DE SEMPRONIO (<i>Calisto, Sempronio</i>) (<i>Casa de Calisto. Día.</i>)	2
3	TRETAS DE CELESTINA Y ELICIA (<i>Celestina, Elicia, Sempronio</i>) (<i>Casa de Celestina. Día.</i>)	7
4	SE PREPARA UN BUEN NEGOCIO (<i>Celestina, Sempronio</i>) (<i>Calle. Día.</i>)	9
5	ARGUCIAS Y TRETAS DE CELESTINA PARA PONER A PARMENO DE SU PARTE Y ENTUSIASMAR A CALISTO (<i>Sempronio, Celestina, Pármeno, Calisto</i>) (<i>Casa de Calisto. Día.</i>)	10
6	TEMORES DE SEMPRONIO Y SEGURIDAD DE CELESTINA EN SU OFICIO (<i>Celestina, Sempronio</i>) (<i>Calle. Puerta de la casa de Celestina. Mediodía.</i>)	23
7	RECADOS A ELICIA (<i>Celestina, Elicia, Sempronio</i>) (<i>Casa de Celestina. Día.</i>)	26
8	CONJUROS DE CELESTINA (<i>Celestina</i>) (<i>Casa. Día.</i>)	27
9	TEMORES DE CELESTINA (<i>Celestina</i>) (<i>Calle. Día.</i>)	28

INDICE

<u>Escena</u>		<u>Página</u>
10	ASTUCIAS DE CELESTINA SOBRE MELIBEA (<i>Celestina, Lucrecia, Alisa, Melibea</i>) (<i>Casa de Melibea. Día.</i>)	29
11	ALEGRIA DE CELESTINA Y RESQUEMORES DE SEMPRONIO (<i>Celestina, Sempronio</i>) (<i>Calle. Tarde.</i>)	39
12	ANSIEDAD DE CALISTO (<i>Celestina, Sempronio</i>) (<i>Calle</i>) (<i>Pármene, Calisto</i>) (<i>Casa</i>) (<i>Día</i>)	42
13	EUFORIA Y REGALOS A CELESTINA DE CALISTO RECELOS DE LOS CRIADOS (<i>Sempronio, Celestina, Pármene, Calisto</i>) (<i>Casa de Calisto. Oscurece.</i>)	43
14	CONSEJOS DE CELESTINA A PARMENO Y OFRECIMIENTOS DE CONSEGUIR A AREUSA (<i>Celestina, Pármene</i>) (<i>Calle. Noche.</i>)	52
15	CELESTINA CONVENCE A AREUSA PARA ACOSTARSE CON PARMENO (<i>Celestina, Areúsa, Pármene</i>) (<i>Casa de Areúsa. Noche.</i>)	55
16	CELESTINA REPRENDE A ELICIA (<i>Elicia, Celestina</i>) (<i>Casa de Celestina. Noche.</i>)	60
 <u>2ª PARTE</u>		
17	PARMENO DESPIERTA EN BRAZOS DE AREUSA (<i>Pármene, Areúsa</i>) (<i>Casa de Areúsa. Amanece.</i>)	62
18	SATISFACCION DE PARMENO (<i>Pármene</i>) (<i>Calle. Día.</i>)	63

INDICE

<u>Escena</u>		<u>Página</u>
19	ALIANZA DE PARMENO Y SEMPRONIO MELANCOLIA DE CALISTO <i>(Pármeno, Sempronio, Calisto)</i> <i>(Casa de Calisto. Día.)</i>	64
20	PARMENO Y SEMPRONIO CORREN A CASA DE CELESTINA . . . <i>(Pármeno, Sempronio)</i> <i>(Calle. Día.)</i>	68
21	COMIDA EN CASA DE CELESTINA Y GRATA SORPRESA CON LUCRECIA <i>(Celestina, Pármeno, Sempronio, Elicia, Arsúsa, Lucrecia)</i> <i>(Casa de Celestina. Mediodía.)</i>	69
22	LA PASION DE MELIBEA <i>(Melibea)</i> <i>(Casa de Melibea. Día.)</i>	75
23	CELESTINA PROVOCA LA CURACION AMOROSA DE MELIBEA . . . <i>(Celestina, Melibea, Lucrecia)</i> <i>(Casa de Melibea. Día.)</i>	76
24	CELESTINA MIENTE A ALISA Y ESTA LO DESCUBRE <i>(Celestina, Alisa, Melibea, Lucrecia)</i> <i>(Casa de Melibea. Día.)</i>	82
25	ALEGRIA DE CALISTO AL CONOCER LOS AMORES CORRESPONDIDOS MELIBEA <i>(Celestina, Calisto, Sempronio, Pármeno)</i> <i>(Calle. Tarde.)</i>	83
26	TEMORES DE ELICIA POR CELESTINA <i>(Elicia, Celestina)</i> <i>(Casa de Celestina. Noche.)</i>	86
27	CHARLA AMOROSA ENTRE CALISTO Y MELIBEA A TRAVES DE LA PUERTA <i>(Calisto, Pármeno, Sempronio, Melibea, Lucrecia)</i> <i>(Calle. Puerta de casa de Melibea. Noche.)</i>	87

INDICE

<u>Escena</u>		<u>Página</u>
28	ALABANZAS DE CALISTO A SUS CRIADOS (<i>Calisto, Pármeno, Sempronio</i>) (<i>Calle. Noche.</i>)	93
29	ENFRENTAMIENTOS POR LA CADENA Y MUERTE DE CELESTINA (<i>Celestina, Pármeno, Sempronio</i>) (<i>Casa de Celestina. Noche.</i>)	94
<u>3ª PARTE</u>		
30	DULCE DESPERTAR DE CALISTO Y AMARGAS NOTICIAS (<i>Calisto, Sosia</i>) (<i>Casa de Calisto. Día.</i>)	98
31	AMORES DE CALISTO Y MELIBEA Y RUMORES DE CRIADOS (<i>Calisto, Melibea, Tristán, Sosia, Lucrecia</i>) (<i>Casa de Melibea. Noche.</i>)	101
32	ELICIA TRAE LAS MALAS NUEVAS A AREUSA (<i>Areúsa, Elicia, Centurio</i>) (<i>Casa de Areúsa. Día.</i>)	105
33	DUDAS DE CALISTO (<i>Calisto</i>) (<i>Casa de Calisto. Día.</i>)	107
34	ELICIA Y AREUSA PLANEAN SU VENGANZA (<i>Areúsa, Elicia</i>) (<i>Casa de Areusa. Día.</i>)	108
35	PLANES DE BODA Y RECHAZO DE MELIBEA (<i>Melibea, Lucrecia, Pleberio, Alisa</i>) (<i>Casa de Melibea. Mediodía.</i>)	110

INDICE

<u>Escena</u>		<u>Página</u>
36	ELICIA RETIRA SU LUTO (<i>Elicia</i>) (<i>Casa de Celestina. Día.</i>)	112
37	TRETAS DE AREUSA PARA SONSACAR A SOSIA (<i>Areúsa, Sosia, Elicia</i>) (<i>Casa de Areúsa. Tarde.</i>)	113
38	NEGOCIOS DE MUERTE CON CENTURIO (<i>Centurio, Areúsa, Elicia</i>) (<i>Casa de Centurio. Día.</i>)	116
39	AMORES DE CALISTO Y MELIBEA Y DESGRACIADA CAIDA DEL PRIMERO (<i>Calisto, Melibea, Lucrecia, Sosia, Tristán</i>) (<i>Casa de Melibea. Noche.</i>)	119
40	DESESPERACION Y MUERTE DE MELIBEA (<i>Melibea, Lucrecia, Pleberio, Alisa</i>) (<i>Casa de Melibea. Noche.</i>)	123

1 Parte

Escena 1: ENCUENTRO DE DOS AMANTES.

(Calisto, Melibea)

(Casa de Melibea. Amanecer.)

CALISTO.- En esto veo, Melibea, la grandeza de Dios.

MELIBEA.- ¿En qué, Calisto?

CALISTO.- En dar poder a la naturaleza, que de tan perfecta hermosura te dotó, haciéndome a mí inmerecedor de tanta merced, y en lugar tan conveniente, que mi secreto dolor manifestarse puede. Incomparablemente es mayor tal galardón que el servicio, sacrificio, devoción y obras pías que por conseguir este encuentro tengo a Dios ofrecido. Los gloriosos santos, que se deleítan en la visión divina, no gozan más que yo ahora en el acatamiento tuyo.

MELIBEA.- ¿Por gran premio lo tienes, Calisto?

CALISTO.- Téngole por tanto, que si Dios me diese en el cielo la silla sobre sus santos, no lo tendría por tanta felicidad.

MELIBEA.- Pues aún mas galardón te daré yo, si perseveras.

CALISTO.- ¡Oh bienaventuradas orejas mías, que tan gran palabra habéis oído!

MELIBEA.- Más desventuradas serán cuando me acabes de oír, porque la paga será tan fiera, cual merece tu loco atrevimiento; ¡vete, vete de ahí, torpe, que no puede mi paciencia tolerar que se haya atrevido corazón humano a comunicar el deleite de amores ilícitos!

CALISTO.- Me iré como aquél al que la adversa fortuna aplica su odio cruel.

Escena 2: DESESPERACION DE CALISTO Y CONSUELO DE SEMPRONIO.

(Calisto, Sempronio)

(Casa de Calisto. Día.)

CALISTO.- ¡Sempronio, Sempronio, Sempronio! ¿Dónde está este maldito?

SEMPRONIO.- Aquí estoy.

CALISTO.- ¡Así los diablos te ganen! Cierra la ventana y deja que las tinieblas me acompañen en triste y desdichada ceguera. Mis funestos pensamientos no son dignos de la luz. ¡Oh bienaventurada muerte que deseada a los afligidos viene!

SEMPRONIO.- ¿Qué te pasa?

CALISTO.- ¡Vete de ahí! No me hables; si no, mis manos causarán tu arrebatado fin.

SEMPRONIO.- Me iré, pues solo quieres padecer tu mal.

CALISTO.- ¡Ve con el diablo!

SEMPRONIO.- *(APARTE)* No creo que venga conmigo el que contigo queda. ¡Oh desventura de súbito mal! ¿Qué acontecimiento fue ese, que robó la alegría a este hombre, y lo que es peor, el seso? ¿Le dejó solo o entro? Si le dejó se mata; si entro, me mata. Me quedo. Más vale que muera aquel a quien es enojosa la vida, que no yo que huelgo de ella. Pero, si se mata sin otro testigo, yo quedo obligado a dar cuenta de su vida; quiero entrar. Mas, pongamos que entro, no quiere consolación ni consejo; asaz es señal mortal no querer sanar. Está un poco; dejemos llorar al que dolor tiene, que las lágrimas y suspiros mucho apaciguan el corazón dolorido. Si entre tanto se matare, muera. Y, el diablo me engaña, si muere

matarme han. Por otra parte, dicen los sabios que es gran descanso a los afligidos tener con quien puedan sus cuitas llorar. Pues en estos extremos, en que estoy perplejo, lo más sano es entrar y sufrirle y consolarle.

CALISTO.- ¡Sempronio!

SEMPRONIO.- ¿Señor?

CALISTO.- Traeme acá el laúd.

SEMPRONIO.- Señor, aquí está.

CALISTO.- (*CANTA*) ¿Cuál dolor puede ser tal
que se iguale con mi mal?

SEMPRONIO.- Destemplado está el laúd.

CALISTO.- ¿Cómo templará el destemplado? ¿Cómo sentirá armonía aquel que consigo está en discordia; aquel a quien ni voluntad ni razón obedecen; quién tiene dentro del pecho aguijones, paz, guerra, tregua, amor, enemistad, injurias, pecados, sospechas? Pero tañe y canta la más triste canción que sepas.

SEMPRONIO.- Mira Nero de Tarpeya
a Roma cómo se ardía:
gritos dan niños y viejos
y él de nada se dolía.

CALISTO.- Mayor es mi fuego y menor la piedad de quien yo venero.

SEMPRONIO.- (*APARTE*) No me engaño, que loco está este mi amo.

CALISTO.- ¿Qué murmuras, Sempronio?

SEMPRONIO.- Que ¿cómo puede ser mayor el fuego que atormenta a un vivo que el que quemó una ciudad y tanta multitud de gente?

CALISTO.- Mayor es la llama que dura ochenta años que la que un día pasa, y mayor la que mata un alma que la que abrasa

cien mil cuerpos. Por cierto, si así fuera el purgatorio, más quisiera ir con los brutos animales, que a la gloria de los santos.

SEMPRONIO.- (APARTE) No le basta ser loco, también hereje.

CALISTO.- ¿Qué dices?

SEMPRONIO.- Que es herejía lo que has dicho.

CALISTO.- ¿A mí, qué?

SEMPRONIO.- ¿No eres cristiano?

CALISTO.- ¿Yo? Melibeo soy y a Melibea adoro y en Melibea creo y a Melibea amo.

SEMPRONIO.- Como Melibea es grande, no cabe en el corazón de mi amo, que por la boca le sale a borbotones. Bien sé de qué pie cojeas, y te sanaré.

CALISTO.- Increíble cosa prometes.

SEMPRONIO.- (APARTE) ¿Este es el fuego de Calisto; éstas son sus congojas? ¡Como si solamente el amor contra él asestara sus tiros!

CALISTO.- ¿Qué te parece mi mal?

SEMPRONIO.- Que amas a Melibea.

CALISTO.- ¿Y no otra cosa?

SEMPRONIO.- Malo es tener la voluntad en un solo lugar cautiva.

CALISTO.- ¿Qué me repruebas?

SEMPRONIO.- Que sometas la dignidad del hombre a la imperfección de la mujer.

CALISTO.- ¿Mujer? ¡Oh grosero! ¡Dios, Dios!

SEMPRONIO.- (APARTE) ¡Oh pusilánime, oh hideputa!

CALISTO.- No te oí bien eso que dijiste.

SEMPRONIO.- Dije que cuántas mujeres que alcanzaron altos estados,

luego se sometieron a los pechos y rescoplos de viles carreteros e incluso brutos animales.

CALISTO.- No lo creo, habladurias son.

SEMPRONIO.- Lee los historiales, estudia los filósofos, mira los poetas. Llenos están sus libros de los malos ejemplos de las mujeres, y de las caídas que sufrieron los que como tú tanto las consideraron. Oye a Salomón lo que dice que las mujeres y el vino hace a los hombres renegar. Gentiles, judios, cristianos y moros todos en esta concordia están.

CALISTO.- ¿Y tú no te precias de tener una amiga?

SEMPRONIO.- Haz tú lo que bien digo y no lo que mal hago. Claro que muchas hay santas y vírgenes y notables. Pero de las otras, ¿cómo contar sus mentiras, sus trajines, su liviandad, sus lagrimillas, sus alteraciones, sus osadías? Que todo lo que piensan hacen sin deliberar. ¿Sus disimulos, su engaño, su olvido, su desamor, su ingratitude, su inconstancia, su presunción, su vanagloria, su abatimiento, su locura, su desdén, su soberbia, su miedo, su atrevimiento, sus escarnios, su deslenguamiento, su desvergüenza, su alcahuetería? Por ellas se ha dicho: arma del diablo, cabeza de pecado, destrucción del paraíso.

CALISTO.- ¿Ves? Mientras más me dices y más inconvenientes pones, más quiero a Melibea. Mira la nobleza y antigüedad de su linaje, el grandísimo patrimonio, el excelentísimo ingenio, las resplandecientes virtudes, la altitud e inefable gracia, la soberana hermosura.

SEMPRONIO.- Puede que todo eso sea verdad, pero por ser tú hombre eres más digno. Recuerda al filósofo que decía: Así como la materia apetece a la forma, así la mujer al varón.

CALISTO.- ¿Y cuándo veré eso entre Melibea y yo?

SEMPRONIO.- Posible es; y aún que la aborrezcas, cuanto ahora la amas; podrá ser, alcanzándola y viéndola con otros ojos.

CALISTO.- ¿Con qué ojos?

SEMPRONIO.- Con ojos claros.

CALISTO.- Y ahora, ¿con qué la veo?

SEMPRONIO.- Con ojos de aumento. Y porque no te desesperes quiero tomar en empresa el cumplir tu deseo.

CALISTO.- ¡Oh, Dios te dé lo que desees! El jubón de brocado que ayer vestí, Sempronio, vístelo tú. ¿Cómo has pensado de hacer esta piedad?

SEMPRONIO.- Te lo diré. Hace tiempo que conozco en esta vecindad una vieja que se dice Celestina, hechicera, astuta, sagaz de cuantas maldades hay; entiendo que pasa de cinco mil virgos los que se han hecho y desecho con su autoridad en esta ciudad. A las duras peñas provocara la lujuria si ella quiere.

CALISTO.- ¿Podrías yo hablar?

SEMPRONIO.- Yo te la traeré hasta acá; por eso, prepárate, séle gracioso, séle franco; estudia, mientras yo voy, como la vas a contar tu pena para que ella te dé el remedio.

CALISTO.- ¿A qué esperas?

SEMPRONIO.- Ya voy, quede Dios contigo.

CALISTO.- Y contigo vaya. ¡Oh todopoderoso, perdurable Dios! Tú, que guías los perdidos, humildemente te ruego que guíes a Sempronio, de manera que convierta mi pena y tristeza en gozo.

Escena 3: TRETAS DE CELESTINA Y ELICIA.

(Celestina, Elicia, Sempronio)

(Casa de Celestina, Día.)

CELESTINA.- ¡Albricias, albricias, Elicia! ¡Sempronio, Sempronio!

ELICIA.- ¡Ce, ce, ce!

CELESTINA.- ¿Por qué?

ELICIA.- Porque está aquí Crito.

CELESTINA.- ¡Mételo en la camarilla de las escobas, presto; dile que viene tu primo!

ELICIA.- Crito, ¡retráete ahí, mi primo viene; perdida soy!

SEMPRONIO.- Madre bendita. Gracias a Dios que me deja verte.

CELESTINA.- ¡Hijo mío, rey mío, turbado me has! Torna y dame otro abrazo. ¿Y tres días pudiste estar sin vernos? ¡Elicia, Elicia; cátales aquí!

ELICIA.- ¿A quién, madre?

CELESTINA.- A Sempronio

ELICIA.- ¿Y qué es de él?

CELESTINA.- Vesle aquí, vesle, abrázale.

ELICIA.- ¡Ay, maldito seas, traidor! Ulceras y tumores te maten y a manos de tus enemigos mueras. ¡Ay, ay!

SEMPRONIO.- ¡Hi, hi, hi! ¿Qué es, mi Elicia? ¿De qué te congojas?

ELICIA.- Tres días ha que no me ves. ¡Nunca Dios te vea, nunca Dios te consuele ni visite!

SEMPRONIO.- Tú piensas que la distancia aparta el entrañable amor, el fuego que está en mi corazón? Donde yo voy, conmigo estás. Mas, ¿qué ruidos son esos que suenan?

ELICIA.- ¿Quién? Mi enamorado.

SEMPRONIO.- Pues lo creo.

ELICIA.- Por mi fe que verdad es. Entra y miralo.

SEMPRONIO.- Voy.

CELESTINA.- ¡Anda acá! Deja esa loca, que está turbada por tu ausencia, y sin seso; dirá mil locuras.

SEMPRONIO.- Pues, ¿quién es?

CELESTINA.- ¿Quiéreslo saber?

SEMPRONIO.- Quiero.

CELESTINA.- Una moza que me encomendó un fraile.

SEMPRONIO.- ¿Qué fraile?

CELESTINA.- ¿Porfías? El ministro, el gordo.

SEMPRONIO.- Muéstramela.

ELICIA.- Ha, don malvado, ¿verla quieres?. Los ojos se te salten, ¡que no basta a ti una ni otra! ¡Anda mírala y olvídate de mí para siempre!

SEMPRONIO.- Calla, mujer, calla. Que no la quiero ver, sólo con Celestina quiero hablar y quédate con Dios.

ELICIA.- ¡Anda, anda; vete desconocido, y estáte otros tres años sin volverme a ver!

SEMPRONIO.- Madre mía, vámonos, que por el camino sabrás lo que si tardase en decir, impediría tu provecho y el mío.

CELESTINA.- Vamos. Elicia, cierra la puerta. ¡Adiós paredes!

Escena 4: SE PREPARA UN BUEN NEGOCIO.

(Celestina, Sempronio)

(Calle. Día.)

SEMPRONIO.- ¡Oh, madre mía! No derrames tu pensamiento en muchas partes, que quien en diversos lugares lo pone en ninguno lo tiene. Quiero que sepas que jamás he deseado negocio en que no te cupiese parte.

CELESTINA.- Abrevia y ves al hecho.

SEMPRONIO.- Calisto arde en amores de Melibea. De ti y de mí tiene necesidad. Pues juntos nos ha menester, juntos nos aprovechemos; que conocer el tiempo y la oportunidad hace a los hombres prósperos.

CELESTINA.- Bien has dicho. Me alegro de estas nuevas como los ciruianos de los descalabrados. Y como aquellos dañan en los principios las llagas y encarecen las promesas de salud, así entiendo yo hacer a Calisto. Le alargaré la certeza del remedio, porque la esperanza luenga aflige el corazón, y afloja la bolsa. ¡Bien me entiendes!

SEMPRONIO.- Calleemos, que las paredes tienen oídos.

Escena 5: ARGUCIAS Y TRETAS DE CELESTINA PARA PONER A PARMENO DE SU PARTE Y ENTUSIASMAR A CALISTO.

(Sempronio, Celestina, Pármeno, Calisto)

(Casa de Calisto. Día.)

(CELESTINA Y SEMPRONIO EN EL EXTERIOR ESPERANDO. CALISTO Y PÁRMENO EN EL INTERIOR)

CALISTO.- ¡Pármeno!

PARMENO.- ¿Señor?

CALISTO.- ¿No oyes, maldito sordo? A la puerta llaman; corre.

PARMENO.- ¿Quién es?

SEMPRONIO.- Abre a mí y a esta dueña.

PARMENO.- Señor, es Sempronio y una puta vieja de pelo ennegrecido.

CALISTO.- Calla, calla, malvado, que es mi tía; corre, abre.
(APARTE) Siempre lo vi, por huir hombre de un peligro, cae en otro mayor. Por ocultarme de Pármeno, me hago indigno de Celestina, que tiene sobre mi vida tanto poder como Dios.

PARMENO.- ¿Por qué, señor, te sulfuras? ¿Por qué, señor, te congojas? ¿Piensas que es vituperio en las orejas de ésta el nombre que la llamé? Pero si ella se glorifica al oírlo, como tú, cuando dicen: "Diestro caballero es Calisto". Si entre cien mujeres va y alguien dice: "¡Puta vieja!", sin ningún empacho vuelve la cabeza y responde con alegre cara. Si pasa por los perros, a eso suenan sus ladridos; si están cerca las aves, otra cosa no cantan; si cerca los ganados, balando lo pregonan; si cerca las bestias, rebuznando dicen: "¡Puta vieja!"; las ranas de

los charcos otra cosa no suelen mentar. Si va entre los herreros, aquello dicen sus martillos; carpinteros, armeros, herradores, caldereros, todos con sus instrumentos hacen sonar su nombre. Cántanla los carpinteros, péinanla los peinadores, tejedores; labradores en las huertas, en las aradas, en las viñas, en las segadas con su nombre calman el sudor cotidiano. Si una piedra topa con otra, luego suena: "¡Putá vieja!"

CALISTO.- Y tú, ¿cómo lo sabes y la conoces?

PARMENO.- Porque mi madre, mujer pobre, moraba en su vecindad, y rogada por Celestina, me dio a ella por sirvienta; aunque ella no me conoce, por lo poco que la servi y por la mudanza que la edad ha hecho.

CALISTO.- ¿De qué la servías?

PARMENO.- Iba a la plaza, traíala de comer y acompañábala. Vive en el extremo de la ciudad, cerca de los curtidores, donde la cuesta del río, en una casa apartada, medio caída. Usaba de seis oficios a saber: costurera, perfumera, maestra de hacer afeites y de hacer virgos, alcahusta y un poquito hechicera. Era el primer oficio cobertura de los otros, bajo cuya apariencia muchas mozas de servir entraban en su casa como aprendizas a cortar camisas, gorgueras y otras muchas cosas. Ninguna venía sin torrizno, trigo, harina o jarro de vino que podían a sus amas hurtar. Era muy amiga de estudiantes, dispenseros y mozos de abades; a éstos principalmente vendía la virginidad inocente de las desgraciadas, siempre con la promesa de que se lo había de restituir, en lo cual es maestra. Corrió su fama y muchas a hurtadillas ví entrar en su casa; tras ellas hombres descalzos, penitentes embozados, con los calzones desabrochados, que entraban

allí a llorar por sus pecados. ¡Qué trajines se traían! Hacíase curandera de niños, con pretexto de entrar en todas las casas. Que si "¡Madre acá!, que si "¡Madre acullá!"; "¡Cata la vieja!", "¡Ya viene el ama!", por todas era conocida. A pesar de todos estos afanes, nunca pasaba sin misa ni vísperas, ni olvidaba monasterios de frailes ni de monjas. Con los virgos hacía maravillas; unos hacía de vejiga y otros curaba cosiendo; cuando vino por aquí el embajador francés, tres veces vendió por virgen una criada que tenía.

CALISTO.- ¡Así pudiera ciento!

PARMENO.- ¡Sí, Santo Dios! Y tenía hierbas para remediar amores y para quererse bien

CALISTO.- Bien está Pármeno, me doy de ti avisado; téngotelo en gracia. No provoquemos más tardanza a la que viene por mis ruegos; espera más que debe; vamos, no se indigne. Yo temo y el temor a la providencia despierta. Ruégote, Pármeno, que no envidies a Sempronio, que en esto me sirve y me complace; no pongas impedimentos en el remedio de mi vida, que si para él hubo jubón, para ti no faltará sayo.

PARMENO.- ¿Cuándo me viste, señor, envidiar o por ningún interés ni resabio tu provecho entorpecer?

CALISTO.- No te escandalices, que de este negocio todo mi bien y vida pende. Es necesario preveer, preveo los acontecimientos. Y no más. Vamos a abrirles.

(CELESTINA Y SEMPRONIO AGUARDAN EN EL EXTERIOR IMPACIENTES)

CELESTINA.- Pasos oigo, ya vienen, Sempronio. Escucha y déjame hablar lo que a ti y a mí nos conviene.

(CAMBIANDO DE TONO)

No me congojes ni me importunes, que excederse en atenciones es aguijonear el animal agobiado. Sientes tanta pena por tu amo Calisto, que parece que tú eres él y él tú y que los tormentos son de un mismo sujeto. Vine acá para salvar este pleito o morir en la demanda.

(CALISTO Y PARMENO ESCUCHANDO AL OTRO LADO DE LA PUERTA)

CALISTO.- ¡Oh notable mujer; oh fiel y verdadero Sempronio! ¿Has visto, Pármeno? ¿Oíste? ¿Tengo razón? ¿Qué me dices?

PARMENO.- Que al oírte llegar hablan fingidamente, y en sus falsas palabras pones el fin de tu deseo.

(AL OTRO LADO DE LA PUERTA)

SEMPRONIO.- Celestina, ruinmente suena lo que Pármeno dice.

CELESTINA.- Calla, que para mí la santiguada, vino el asno vendrá el albarda. Déjame tú a Pármeno, que yo le haré uno de nosotros, y de lo que consiguiéremos, demosle parte. Ganemos todos, partamos todos, holguemos todos. Yo te le traeré manso y benigno a picar el pan en mi puño.

(AL OTRO LADO)

CALISTO.- ¡Sempronio!

SEMPRONIO.- ¿Señor?

CALISTO.- Adelante, llave de mi vida. *(ENTRA CELESTINA)* ¡Ya la veo, sano soy, vivo soy! ¡Mira, Pármeno, qué reverenda persona, qué acatamiento! Por la fisonomía es conocida la virtud interior! ¡Oh vejez virtuosa! ¡Oh virtud envejecida! ¡Oh salud de mi pasión, reparo de mi tormento, vivificación de mi vida, resurrección de mi muerte! Codicio besar esas manos llenas de remedio. *(DE RODILLAS)* Desde aquí adoro la tierra que pisas y en reveren-

cia tuya la beso.

CELESTINA.- *(A SEMPRONIO)* Dile que cierre la boca y comience abrir la bolsa: Que de las obras dudo, cuanto más de las palabras.

PARMENO.- *(APARTE)* En tierra está adorando a la más antigua puta carne, cuyas espaldas fregaron el suelo de todos los burdeles. Desecho es, vencido es, caído es.

CALISTO.- *(A SEMPRONIO)* ¿Qué decía la madre? Paréceme que pensaba que le ofrecía palabras por excusar galardón.

SEMPRONIO.- Así lo sentí.

CALISTO.- Pues ven conmigo: trae las llaves, que yo sanaré su duda.

SEMPRONIO.- Bien harás. Que no se debe dejar crecer la sospecha en los corazones de los amigos.

(SALEN. QUEDAN SOLOS PARMENO Y CELESTINA)

CELESTINA.- Pláceme, Pármeno, que tengamos oportunidad para que conozcas el amor que por ti profeso y corrijas la poca estima que a mí me das. Bien te oí, mas no pienses que por oír, los otros sentidos mi vejez han perdido. Veo, oigo y conozco. Has de saber, que Calisto anda de amor quejoso. Y no le juzgues por eso de débil, que el amor invulnerable todas las cosas vence. Has de saber, si no sabes, que dos conclusiones son verdaderas. La primera, que es forzoso al hombre amar a la mujer y la mujer al hombre. La segunda, que el que verdaderamente ama es necesario que se turbe con la dulzura del soberano deleite, que por el hacedor de las cosas fue puesto, para que el linaje de los hombres se perpetue y no perezca. ¿O no hacen lo mismo peces, bestias, aves, reptiles y hasta vegetales? ¿Qué dirás a esto, Pármeno?

¡Neciuelo, loquito, angélico, perlioa, simplecico! Llégate acá, putico, que no sabes nada del mundo ni de sus deleites. ¡Mala rabia me mate, si no te vienes a mí, aunque vieja! Mal sosegadilla debes tener la punta de la barriga.

PARMENO.- ¡Como cola de alacrán!

CELESTINA.- Y aún peor. Que esa muerde sin hinchar y la tuya hincha por nueve meses. ¿Te ríes, landrecilla, hijo?

PARMENO.- Calla, madre no me culpes ni me tengas, aunque mozo, por ignorante. Amo a Calisto, porque le debo fidelidad, por crianza, por beneficio, por ser de él honrado y bien tratado. Véole perdido y no hay cosa peor que ir tras desec sin esperanza de buen fin; y en especial pensando remediarlo siguiendo los vanos consejos y necias razones del bruto Sempronio.

CELESTINA.- ¿De qué te quejas? Calisto está enfermo pero su curación está en manos de esta flaca vieja.

PARMENO.- ¡Mas, de esta flaca puta vieja!

CELESTINA.- ¡Putos días vivas, bellaquillo! ¿Y cómo te atreves....?

PARMENO.- ¡Porque te conozco!

CELESTINA.- ¿Quién eres tú?

PARMENO.- ¿Quién? Pármeno, hijo de Alberto tu compadre, que estuve contigo un tiempo que te dio mi madre, cuando morabas en la cuesta del río, junto a los curtidores.

CELESTINA.- ¡Jesú, Jesú, Jesú! ¿Y tú eres Pármeno, hijo de la Claudina?

PARMENO.- El mismo.

CELESTINA.- ¡Pues fuego malo te queme, que tan puta vieja era tu madre como yo! ¡El es, él es, por los santos de Dios!

Acércate a mí, ven acá, que mil azotes y puñadas te di en este mundo y otros tantos besos ¿Te acuerdas cuando dormías a mis pies, loquito?

PARMENO.- Sí, en buena fe. Y algunas veces, aunque era niño, me subías a la cabecera y me apretabas contigo y porque oías a vieja, me huía de ti.

CELESTINA.- ¡Mal tumor te mate! ¡Y cómo lo dice el desvergonzado! Dejadas burlas y pasatiempos, escucha. Que aunque a un fin soy llamada, a otro soy venida y tú eres la causa. Hijo, tu padre no murió con otra ansia, que la incertidumbre de tu vida y persona. Al final de su vejez envió por mí y en su secreto me encargó, te descubriese adónde dejó encerrada tal copia de oro y plata, que basta más que la renta de tu amo Calisto. Y porque se lo prometí, en pesquisa y seguimiento tuyo yo he gastado tiempo y cuantías, hasta que te hallé aquí, donde sólo hace tres días sé que moras. Sin duda dolor he sentido, porque has por tantas partes vagado y peregrinado, que ni has sacado provecho ni ganado deudo ni amistad. Por tanto, mi hijo, reposa en alguna parte. ¡Y dónde mejor, que en mi voluntad, en mi ánimo, en mi consejo, a quien tus padres te remitieron? Y yo, así como verdadera madre tuya, te digo, que por el presente sufras y sirvas a éste tu amo, pero no con necia lealtad. Deja los vanos prometimientos de los señores, los cuales desechan la substancia de sus sirvientes con huecos y vanos prometimientos. Como la sanguijuela, sacan la sangre, desagradecen, injurian, olvidan servicios, niegan galardón. Los señores de este tiempo más aman a sí, que a los suyos. Con la misma moneda se les debe responder. Dígolo, hijo Pármeno, porque éste tu amo me parece rompenecios: de todos se quiere servir sin pagar. Créeme. En su casa

cobra amigos, que es el mayor precio mundano, y no pienses con él tener amistad, que por diferencia de condición es cosa imposible que acontezca. Mucho te aprovecharás siendo amigo de Sempronio.

PARMENO.- Celestina, tiemblo al oírte. Por una parte téngote por madre; por otra a Calisto por amo. Riqueza deseo; pero quien torpemente sube a lo alto, más pronto cae. No querría bienes mal ganados.

CELESTINA.- Yo sí. A tuerto o a derecho, nuestra casa hasta el techo.

PARMENO.- Pues yo con ellos no viviría contento y tengo por honesta cosa la pobreza alegre.

CELESTINA.- ¡Oh, hijo! Bien dicen que la prudencia no puede ser sino en los viejos; tú mucho mozo eres. ¡Oh, si quisieses, Pármeno, qué vida gozaríamos! Sempronio ama a Elicia, prima de Areúsa.

PARMENO.- ¿De Areúsa?

CELESTINA.- De Areúsa.

PARMENO.- ¿De Areúsa, hija de Eliso?

CELESTINA.- De Areúsa, hija de Eliso.

PARMENO.- ¿Cierto?

CELESTINA.- Cierto.

PARMENO.- Maravillosa cosa es.

CELESTINA.- ¿Bien te parece?

PARMENO.- No hay nada mejor.

CELESTINA.- Pues tu buena dicha quiere que aquí esté quien te lo dará.

PARMENO.- Por mi fe, madre, que no creo a nadie.

CELESTINA.- Extremo es creer a todos y yerro no creer a ninguno.

PARMENO.- Digo que te creo; pero no me atrevo. Déjame.

CELESTINA.- Da Dios habas a quien no tiene quijadas.

PARMENO.- Puede que a lo que dices me incline, sólo yo querría saberlo, para que al menos quedase el pecado oculto.

CELESTINA.- No te retraigas y amargues, que la naturaleza huye de lo triste y apetece lo delectable. El deleite es con los amigos y especialmente en recontar las cosas de amores y comunicarlas: "Esto hice, esto otro me dijo, de tal manera la tomé, así la besé, así me mordió, así la abracé, así se alejó. ¡Oh, qué habla! ¡Oh, qué gracia! ¡Oh, qué besos! Ya va a la misa, mañana saldrá, rondemos su calle, vamos de noche, tenme la escala, aguarda a la puerta. ¿Cómo te fue? Mira el cornudo; sola la deja. Tornemos allá" Y para esto, Pármeno, ¿hay deleite sin compañía? ¡Alahé, alahé! El que las sabe las tañe.

PARMENO.- Recelo, madre, de recibir dudoso consejo.

CELESTINA.- ¿No quieres? Pues te digo lo que dice el sabio: adiós y hasta otro negocio.

(CELESTINA HACE ADEMAN DE IRSE)

PARMENO.- *(APARTE)* Ensañada está la madre; duda tengo en su consejo. Yerro es no creer y culpa creerle todo. ¿Qué me aconsejó? Paz con Sempronio. La paz no se debe negar. Amor no se debe rehuir. Pues quiérola complacer y oír. *(A CELESTINA)* Madre, no se debe ensañar el maestro con la ignorancia del discípulo. Por eso, perdóname, háblame, mándame, que a tu mandado mi consentimiento se humilla.

CELESTINA.- De los hombres es errar. Gózome, Pármeno, que hayas limpiado las turbias telas de tus ojos y respondas al

ingenio sutil de tu padre, cuyo recuerdo enternece mis ojos piadosos. ¡Oh qué persona! ¡Oh, qué cara tan venerable! Pero callemos, que se acerca Calisto y tu nuevo amigo Sempronio.

(LLEGAN CALISTO Y SEMPRONIO)

CALISTO.- Recibe, madre, la dádiva pobre, de aquel que con ella la vida te ofrece.

CELESTINA.- Como en el oro muy fino labrado por la mano del sutil artifice la obra sobrepuja a la materia, así se aventaja a tu magnífico dar la gracia y forma de tu dulce liberalidad.

(PARMENO Y SEMPRONIO APARTE)

PARMENO.- ¿Qué le dio, Sempronio?

SEMPRONIO.- Cien monedas de oro. *(PARMENO SE RIE)* ¿Habló contigo la madre?

PARMENO.- Calla, que sí.

SEMPRONIO.- ¿Pues cómo estamos?

PARMENO.- Como quisieres; aunque estoy espantado.

SEMPRONIO.- Pues calla, que yo te haré espantar el doble.

CALISTO.- Ve ahora, madre, y consuela tu casa, y después ven y consuela la mía.

CELESTINA.- Queda Dios contigo.

CALISTO.- Y él te me guarde.

(SALE CELESTINA. ACOMPAÑADA DE PARMENO)

CALISTO.- Cien monedas di a la madre; ¿hiciste bien?

SEMPRONIO.- ¡Ay, si hiciste bien! Más allá de remediar tu vida, ganaste muy gran honra. Sin duda te digo que es mejor el uso de las riquezas que la posesión de ellas. ¡Oh, qué

glorioso es el dar! ¡Oh, qué miserable es el recibir!
Goza de haber sido magnífico y liberal y ahora sigue mi
consejo, torna a la cámara y reposa, pues tu negocio
está en buenas manos depositado, y debemos hablar sobre
él.

CALISTO.- Sempronio, no me parece buen consejo quedar yo acompaña-
do y que vaya sola aquella que busca el remedio de mi
mal; mejor será que vayas con ella y la apresures; pues
de su diligencia pende mi salud, de su tardanza mi pena,
de su olvido mi desesperanza.

SEMPRONIO.- Señor, querría ir por cumplir tu mandato. ¿Mas cómo iré?
Que en viéndote solo, dices desvaríos de hombre sin
seso, suspirando, gimiendo, maltrovando, holgando con lo
oscuro, deseando soledad, buscando nuevos modos de
pensativo tormento, donde si perseveras, o de muerto o
loco no podrás escapar.

CALISTO.- Sempronio, amigo, puesto tanto sientes mi soledad, llama
a Pármeneo y quedará conmigo, y sé siempre como sueles
leal, que en el servicio del criado está el galardón del
señor.

(APARECE PARMENO QUE HA ESTADO ESCUCHANDO)

PARMENO.- Aquí estoy, señor.

CALISTO.- No te veía. Vé con Dios, Sempronio. No te apartes de
ella, ni te olvides de mí. *(SALE SEMPRONIO)* ¿qué te
parece, Pármeneo, lo que hoy ha pasado? Mi pena es gran-
de, Melibea alta, Celestina sabia y buena maestra de
estos negocios; no podemos errar. Prefiero darle a ella
cien monedas que a otra cinco.

PARMENO.- *(APARTE)* ¡Ya las lloras? Duelos tenemos; tu generosidad
con la vieja se transformará en ayuno para nosotros.

- CALISTO.- Pide tu parecer, séme agradable, Pármeno, no bajes la cabeza al responder.
- PARMENO.- Digo, señor, que irían mejor empleadas tus franquezas en presentes y servicios a Melibea, que no dar dineros a aquella que yo me conozco y, lo que es peor, hacerte su cautivo.
- CALISTO.- ¿Cómo, loco, su cautivo?
- PARMENO.- Porque a quien dices el secreto, das tu libertad.
- CALISTO.- Quiero que sepas que cuando hay mucha distancia del que ruega al rogado, es necesario intercesor o medianero que suba de mano en mano mi mensaje hasta los oídos de aquella a quien yo segunda vez hablar tengo por imposible; y pues que así es, dime si lo hecho apruebas.
- PARMENO.- (APARTE) ¡Apruébelo el diablo!
- CALISTO.- ¿Qué dices?
- PARMENO.- Digo, señor, que nunca yerro vino desacompañado.
- CALISTO.- El dicho lo apruebo; el propósito no entiendo.
- PARMENO.- Señor, más quiero que airado me reprendas, porque te doy enojo, que arrepentido me condenes, porque no te di consejo, pues perdiste el nombre de libre cuando encarcelaste tu voluntad.
- CALISTO.- ¡Palos querrá este bellaco! Di, mal criado, ¿qué es amor? ¿qué sabes tú de honra? ¿Dónde tuviste tan buena crianza que te me vendas por discreto? Quanto remedio Sempronio acarrea con sus pies, tanto apartas tú con tu lengua; fingiéndote fiel, eres un terrón de engaños, bota de malicias, mesón de envidias, que por difamar a la vieja a tuerco o a derecho, pones en mis amores desconfianza. Sempronio temió su ida y yo temo tu estan-

cia. Más me valiera estar solo que mal acompañado.

PARMENO.- Señor, Sempronio atiza tu fuego, aviva tu amor, enciende tu llama, añade astillas que te abrasarán hasta ponerte en la sepultura.

CALISTO.- ¡Calla, calla, perdido! Estoy yo penando y tú filosofando; no te aguanto más. (LLÉNDOSE) Saquen un caballo; límpíenle mucho; aprieten bien la cincha, porque pasaré por casa de mi señora y mi dios.

PARMENO.- (SOLO) Por mi ánima, que si ahora le diesen una lanzada en el calcañar le saliesen más sesos que de la cabeza. ¡Oh desdichado de mí! Por ser leal padezco mal; otros se ganan por malos; yo me pierdo por bueno. Si hubiese creído a Celestina, no me maltratara Calisto. Esto me servirá de escarmiento de aquí en adelante con él. Que si dijere comamos, yo también; si quiere derrumbar la casa, aprobarlo; si quemar su hacienda, ir por fuego. Destruya, rompa, quiebre, dañe, dé a alcahuetas lo suyo, que mi parte me cabrá: a río revuelto ganancia de pescadores.

Escena 6: TEMORES DE SEMPRONIO Y SEGURIDAD DE CELESTINA EN SU
OFICIO.

(Celestina, Sempronio)

(Calle. Puerta de la casa de Celestina. Mediodía.)

SEMPRONIO.- ¡Qué calma lleva; menos sosiego traían sus pies a la venida! A dineros pagados, brazos quebrados. ¡Señora Celestina, poco has aguijoneado!

CELESTINA.- ¿A qué vienes, hijo?

SEMPRONIO.- Nuestro enfermo no sabe qué pedir. Teme tu negligencia; maldice tu avaricia y cortedad porque te dio poco dinero.

CELESTINA.- Cosa propia del que ama es la impaciencia; toda tardanza les es tormento. Estos amantes novicios, con cualquier señuelo vuelan sin pensar el daño que el cebo de su deseo puede traer para su personas y sirvientes.

SEMPRONIO.- ¿Qué dices de sirvientes? Al primer desconcierto que vea en este negocio no como más su pan. El tiempo me dirá qué haga. Ninguna llaga tanto dolió que el tiempo no aflojase su tormento, ni placer tan alegre que no le merme su antigüedad. Cada día vemos novedades y las oímos y las pasamos y dejamos atrás. Nos maravillamos al oír: helado está el río, el ciego ve ya, muerto es tu padre, un rayo cayó, ganada es Granada, el rey entra hoy, el turco es vencido, eclipse hay mañana, aquel es ya obispo, a Pedro robaron, Inés se ahorcó; y luego lo olvidamos. Así será el amor de este mi amo. Procuremos provecho mientras dure la contienda; ayudémosle si no hay peligro para nosotros; y si no, poco a poco fragüaremos el reproche de Melibea contra él. Más vale que

pene el amo, antes que peligre el mozo.

CELESTINA.- Bien has dicho. Contigo estoy. No podemos errar.

SEMPRONIO.- Haz tu voluntad, que no será éste el primer negocio que has tomado a cargo.

CELESTINA.- ¿El primero, hijo? Pocas virgenes, a Dios gracias, has tú visto en esta ciudad que hayan abierto tienda a vender, de quien yo no haya sido corredora de su primer hilado. En naciendo la muchacha la hago escribir en mi registro. ¿Qué pensabas, Sempronio? ¿Habíame de mantener del viento? ¿Heredé otra herencia? ¿Tengo otra casa o viña? ¿De qué como y bebo? ¿De qué visto y calzo? En esta ciudad nacida, en ella criada. Quien no supiere mi nombre y mi casa, tenle por extranjero.

SEMPRONIO.- ¿Y qué pasó con mi compañero Pármeno?

CELESTINA.- Díjele cómo ganaría más con nuestra compañía que con las lisonjas que dice a su amo. Le recordé quién era su madre, porque no menosprecie mi oficio. Eramos las dos uña y carne; de ella aprendí todo lo mejor que sé de mi oficio. Juntas comíamos, juntas dormíamos, juntas habíamos nuestros consejos y conciertos. ¡Oh muerte, muerte! ¡A cuántos privas de agradable compañía! Yo haré a Pármeno de mi hierro; yo le contaré en el número de los míos.

SEMPRONIO.- ¿Cómo has pensado hacerlo, que es un traidor?

CELESTINA.- Le haré ver a Areúsa. Será de los nuestros.

SEMPRONIO.- ¿Crees que podrás alcanzar algo de Melibea?

CELESTINA.- No hay cirujano que a la primera cura juzgue la herida. Melibea es hermosa, Calisto loco y franco; ni a él penará gastar ni a mi andar. ¡Bulla moneda y dure el pleito lo que durare! Que, aunque esté brava Melibea, no

es ésta la primera a quien yo he hecho perder el carrear. Quisquillosas son todas; mas una vez que conocen el primer abrazo, ruegan a quien rogó, penan por el penado, hácense siervas de quien eran señoras, dejan el mando y son mandadas, rompen paredes, abren ventanas, fingen enfermedades. No té sabré decir lo mucho que obra en ellas aquel dulzor que les queda de los primeros besos de quien aman. Aquí llevo un poco de hilado en mi faltriquera, con otros aparejos que conmigo siempre van, para tener causa de entrar donde no soy muy conocida la primera vez.

SEMPRONIO.- Madre, mira bien lo que haces. Piensa en su padre, que es noble y valiente, su madre celosa y brava, tú la misma sospecha. Melibea es su única hija. Faltándoles ella, les falta todo. Pensándolo tiemblo. No vayas por lana y vengas emplumada.

CELESTINA.- ¡Quieres avisar a Celestina en su oficio! Cuando tú naciste ya comía yo pan con corteza. ¡Buen socio eres tú, cargado de agüeros y recelos!

SEMPRONIO.- No te maravilles, madre, querría que este negocio tuviese buen fin; no porque saliese mi amo de pena sino por salir yo de pobreza. Miro más inconvenientes por mi poca experiencia, que no tú como maestra vieja.

Escena 7: RECADOS A ELICIA.

(Celestina, Elicia, Sempronio)

(Casa de Celestina. Día.)

(APARECE ELICIA)

ELICIA.- ¡Santiaguarme quiero, Sempronio! ¿Qué novedad es ésta, venir hoy acá dos veces?

CELESTINA.- Calla, boba, déjale, que otro pensamiento traemos en que más nos va. ¿Está desocupada la casa? ¿Se fue la moza que esperaba al ministro?

ELICIA.- Y aún después vino otra y se fue.

CELESTINA.- Pues sube a la solana y baja el bote de aceite serpentino que hallarás colgado del pedazo de la soga, que traje del campo la otra noche cuando llovía y hacía oscuro; y abre el arca de los hilos y a mano derecha hallarás un papel escrito con sangre de murciélago, debajo de aquel ala de drago al que sacamos ayer las uñas. Mira, no derrames el agua de mayo que me trajeron a confeccionar.

ELICIA.- Madre, no está donde dices. Jamás te acuerdas donde guardas las cosas.

CELESTINA.- No me castigues, por Dios, a mi vejez; no me maltrates, Elicia. No te ensoberbies porque está aquí Sempronio.
(SALE ELICIA) Entra en la cámara de los ungüentos y en la pelleja del gato negro donde te mandé meter los ojos de la loba le hallarás; y baja la sangre del cabrón y unas poquitas de las barbas que tú le cortaste.

ELICIA.- Toma madre, aquí está. Yo me subo con Sempronio.

SEMPRONIO.- Recuerda, madre, mis temores.

CELESTINA.- ¡Bah, bah, bah!

(ENTRAN SEMPRONIO Y ELICIA EN LA CASA)

Escena 8: CONJUROS DE CELESTINA.

(Celestina)

(Casa. Día.)

CELESTINA.- Conjúrote, triste Plutón, señor de la profundidad infernal, emperador de la corte dañada, capitán soberbio de los condenados ángeles, señor de los sulfúreos juegos, gobernador e inspector de los tormentos y atormentadores de las pecadoras ánimas, regidor de las tres furias. Yo, Celestina, tu más conocida cliéntula, te conjuro por la virtud y fuerza de estas bermejas letras, por la sangre de aquella nocturna ave con que están escritas, por la gravedad de los nombres y signos que este papel contiene, por la áspera ponzoña de las víboras de que este aceite fue hecho, con el cual unto este hilado; ven sin tardanza a obedecer mi voluntad, y en ello te envuelvas y estés sin partir, hasta que Melibea lo compre y con ella de tal manera quede enredada, que cuando más lo mirare, tanto más su corazón se ablande a conceder mi petición y así se le abra y lastime del crudo y fuerte amor de Calisto; tanto que, despedida toda honestidad, se descubra a mí y me galardone mis pasos y mensaje. Si no le haces con presto movimiento, me tendrás por capital enemiga; heriré con luz tus cárceles tristes y oscuras; acusaré cruelmente tus continuas mentiras; apremiaré con mis ásperas palabras tu horrible nombre. Y otra y otra vez te conjuro; así confiando en mi mucho poder, me parto para allá con mi hilado, donde creo te llevo ya envuelto.

Escena 9: TEMORES DE CELESTINA.

(Celestina)

(Calle. Día.)

CELESTINA.- Ahora que voy sola, quiero mirar bien lo que Sempronio ha temido de éste mi camino. Que, aunque yo he disimulado con él, podría ser que, si descubriesen mis intenciones con Melibea, pagase con pena, manteándome o azotándome cruelmente. Amargas cien monedas serían éstas. ¡Ay, desgraciada de mí! ¿Qué haré? Si me quedo fuera no saco provecho y si persevero pongo mi vida en peligro. ¡Oh dudosa y dura perplejidad! ¡En el osar, manifiesto peligro; en la cobardía, deshonesta pérdida! ¿Adónde irá el buey que no are? Si no voy, ¿qué pensará? Dará voces como loco. Dirá en mi cara denuestos rabiosos: "Tú, puta vieja, ¿por qué acrecentastes mis pasiones con tus promesas? Alcahueta falsa, para todo el mundo tienes pies, para mí, lengua; para todos obra, para mí palabra; para todos remedio, para mí, pena; para todos luz, para mí tiniebla. Vieja traidora, ¿por qué te me ofreciste? La esperanza dilata mi muerte. Pero no existiendo, ni tú carecerás de pena ni yo de triste desesperación." ¡Mal acá, mal acullá: pena en ambas partes! Más prefiero ofender a Pleberio, padre de Melibea, que enojar a Calisto. Ir quiero. En mayores afrentas me he visto. ¡Esfuerzo, esfuerzo, Celestina! ¡No desmayes! Todos los agüeros se aderezan favorables. Ni perro me ha ladrado ni ave negra he visto, tordo ni cuervo ni otras nocturnas. Y ahí veo a Lucrecia. Prima es de Elicia; no me será contraria.

Escena 10: ASTUCIAS DE CELESTINA SOBRE MELIBEA.

(Celestina, Lucrecia, Alisa, Melibea)

(Casa de Melibea. Día.)

CELESTINA.- Paz sea en esta casa.

LUCRECIA.- Celestina, madre, seas bienvenida, ¿Cuál Dios te trajo por estos barrios no acostumbrados?

CELESTINA.- Hija, mi amor, deseo de veros, encargos de Elicia y ver a tus señoras, vieja y moza. Que después que me mudé a otro barrio, no han sido de mi visitadas.

LUCRECIA.- ¿A eso sólo saliste de tu casa? Me maravilla, que no es ésa tu costumbre ni sueles dar paso sin provecho.

CELESTINA.- A las viejas nunca nos fallecen necesidades, mayormente a mi, que tengo que mantener hijas ajenas, ando a vender un poco de hilado.

LUCRECIA.- ¡Ya decía yo! Que nunca metes aguja sin sacar reja.

ALISA.- ¿Con quién hablas, Lucrecia?

LUCRECIA.- Entra y espera aquí, mi señora prepara una tela, tendrá necesidad de tu hilado.

(A ALISA)

LUCRECIA.- Señora, está aquí aquella vieja que solía vivir donde los curtidores, en la cuesta del río.

ALISA.- Tus señas son como coger agua con un cesto.

LUCRECIA.- ¡Jesús, señoral, No se acuerda de una vieja a la que empicotaron por hechicera, que vendía las mozas a los abades y descasaba mil casados.

ALISA.- Dime su oficio que la conoceré mejor.

LUCRECIA.- Tiene más de treinta oficios, perfuma tocas, hace solimán, conoce mucho en hierbas, cura niños....

- ALISA.- Aún así no la conozco; dime su nombre, si le sabes.
- LUCRECIA.- ¿Si le sé, señora? No hay niño ni viejo en toda la ciudad, que no le sepa. ¿habiale yo de ignorar?
- ALISA.- ¿Pues por qué no le dices?
- LUCRECIA.- Me da vergüenza.
- ALISA.- Anda, boba. No me indignes con tu tardanza.
- LUCRECIA.- Celestina, hablando con reverencia, es su nombre.
- ALISA.- ¡Hi, hi, hi! Ya veo el desamor que tienes por esa vieja, que su nombre te da vergüenza nombrar. Me voy recordando de ella. ¡Una buena pieza! Algo vendrá a pedir. Dí que entre.
- LUCRECIA.- Entra, tía.
- CELESTINA.- Señora, buena, la gracia de Dios sea contigo y con la noble hija. Mis muchas enfermedades han impedido visitar tu casa antes, como era mi deseo. Pero lo que mucho deseé, la necesidad me lo ha hecho cumplir. Con mis fortunas adversas, me sobrevino mengua de dinero. No supe mejor remedio que vender un poco de hilado, que para unas toquillas tenía guardado. Supe de tu criada que tenías de ello necesidad. Veslo aquí, si de ello y de mí te quieres servir.
- ALISA.- Tu razón y ofrecimiento me mueven a compasión. Lo dicho te lo agradezco. Si el hilado es bueno te será bien pagado.
- CELESTINA.- Delgado es como el pelo de la cabeza, recio como cuerdas de vihuela, blanco como el copo de nieve, hilado todo por estos pulgares, aspado y aderezado. Tres monedas me daban ayer por la onza, así goce de esta alma pecadora.
- ALISA.- Melibea, que se quede esta honrada mujer contigo, que ya

se me hace tarde para ir a visitar a mi hermana, desde ayer no la he visto y parece que se le arreció el mal.

CELESTINA.- (*APARTE*) Por aquí anda el diablo aparejando oportunidad. Ahora es mi tiempo o nunca.

ALISA.- ¿Qué dices, amiga?

CELESTINA.- Señora, que maldito sea el diablo y mi pecado, que hubo de crecer el mal de tu hermana y no habrá para nuestro negocio oportunidad. ¿Y qué mal es el suyo?

ALISA.- Dolor de costado. Ruega en tus devociones por su salud a Dios.

CELESTINA.- Yo te prometo, señora, en yendo de aquí, me iré por esos monasterios, donde tengo frailes devotos míos y les dará el mismo encargo que tú me das. Y además, diariamente antes que me desayune, daré cuatro vueltas, por su salud, a las cuentas de mi rosario.

ALISA.- Contenta Melibea a la vecina en todo lo que razón fuera darle por el hilado. Y tú, madre, perdóname, que otro día será en que más nos veamos.

CELESTINA.- Señora, de Dios seas perdonada, que buena compañía me queda. Dios la deje gozar su noble juventud y florida mocedad, que es el tiempo en que más placeres y mayores deleites se alcanzan.

(*SALE ALISA*)

En cambio, la vejez no es sino mesón de enfermedades, posada de pensamientos, amiga de rencillas, congoja continua, llaga incurable, vecina de la muerte, choza sin rama que se inunda por todas partes.

MELIBEA.- ¿Por qué dices, madre, tanto mal de lo que todo el mundo desea alcanzar?

CELESTINA.- Desean llegar allá, porque llegando viven y el vivir es

dulce y viviendo envejecen. Yo te podría contar, señora, sus daños, sus inconvenientes, sus fatigas, sus cuidados, sus enfermedades, su frío, su calor, su pesadumbre, sus riñas, aquel arrugar de cara, aquel mudar de cabellos, aquel poco oír, aquel debilitado ver, aquel hundimiento de boca, aquel caer de dientes, aquel carecer de fuerzas, aquel flaco andar, aquel espacioso comer. Pues, ¡ay, señora!, si lo dicho viene acompañado de pobreza; no hay peor indigestión que la de hambre.

MELIBEA.- Bien conozco que hablas de la feria, según te va en ella: así que otra canción dirán los ricos.

CELESTINA.- Señora, en todo hay sus quiebras. Cada rico tiene una docena de hijos y nietos, que no rezan otra oración, sino rogar a Dios que les aparte de ellos; no ven la hora de enterrarlos bajo tierra, para así tener lo suyo entre sus manos.

MELIBEA.- Madre, gran pena tendrás por la edad que perdiste. ¿Querrias volver a la juventud?

CELESTINA.- Loco es, señora, el caminante que, enojado del trabajo del día, quiere volver al comienzo de jornada para tornar otra vez al lugar. No hay cosa más dulce ni graciosa al muy cansado que el mesón. Así que, aunque la mocedad sea alegre, el verdadero viejo no la desea.

MELIBEA.- Siquiera por vivir más, es bueno desear lo que digo.

CELESTINA.- Ninguno es tan viejo, que no puede vivir un año, ni tan mozo que hoy no pudiese morir. Así que en esto pocas ventajas nos lleváis los jóvenes.

MELIBEA.- Celestina, amiga, he holgado mucho en verte y conocerte. Toma tu dinero y vete con Dios, que me parece que no debes haber comido.

CELESTINA.- ¡Oh angélica imagen! ¡Oh, perla preciosa! Gozo me toma en verte hablar. Por la divina boca fue dicho que de no sólo pan viviremos. Así es, que no al sólo comer mantiene. Mayormente a mí, que me suelo estar en ayuno uno o dos días por negociar encomiendas ajenas. Esto tuve siempre, querer más trabajar sirviendo a otros, que holgar contentando a mí. Pues, si tú me das licencia, te diré la necesitada causa de mi venida.

MELIBEA.- Dí, madre, todas tus necesidades, que si yo las pudiere remediar, de buen agrado lo haré.

CELESTINA.- ¿Mías, señoras? Antes ajenas, que las mías de mi puerta adentro me las paso, sin que las sienta la tierra, comiendo cuando puedo, bebiendo cuando lo tengo.

MELIBEA.- Pide lo que quiera, sea para quien fuere.

CELESTINA.- ¡Doncella graciosa y de alto linaje! Yo dejé un enfermo a la muerte, que con sólo una palabra de tu noble boca salida que le lleve metida en mi seno, tiene por fe que sanará, según la mucha devoción que tiene por tu gentileza.

MELIBEA.- Vieja honrada, no te entiendo, si no haces más clara tu demanda. Por una parte me alteras y provocas a enojo; por otra me mueves a compasión. Yo soy dichosa, si de mi palabra hay necesidad para salud de algún cristiano.

CELESTINA.- Así es, que debemos dar parte de nuestras gracias y personas a los demás, mayormente cuando están envueltos en enfermedades tan secretas que, donde está la medicina, salió la causa de su enfermedad.

MELIBEA.- Por Dios, dime sin más dilatar quién es ese doliente, que de mal tan perplejo se siente, que su pasión y remedio salen de una misma fuente.

- CELESTINA.- Tendrás, señora, noticia en esta ciudad de un caballero mancebo gentilhomme de clara sangre, que llaman Calisto.
- MELIBEA.- ¡Ya, ya, ya! Buena vieja, no me digas más. ¿Ese es el doliente por quien has hecho tantas premisas en tu demanda, por quien has venido a buscar la muerte para ti? ¿Qué siente ese perdido, que con tanta pasión vienes? De locura será su mal ¡Quemada seas, alcahueta falsa, hechicera, enemiga de la honestidad, causadora de secretos yerros! ¡Jesús, Jesús! ¡Quitamela, Lucrecia, de delante, que no me ha dejado gota de sangre en el cuerpo!
- CELESTINA.- (APARTE) ¡En hora mala acá vine, si me falta mi conjuro! ¡Hermano, que se va todo a perder!
- MELIBEA.- ¿Aún hablas entre dientes delante de mi, para acrecentar mi enojo y doblar tu pena? ¿Querrias condenar mi honestidad por dar vida a un loco? ¿Perder y destruir la casa y honra de mi padre por ganar la de una vieja maldita como tú? Respóndeme, traidora.
- CELESTINA.- Tu temor, señora, tiene ocupada mi disculpa. Mi inocencia me da osadía, tu presencia me turba al verte airada, y lo que más siento y me pena es recibir enojo sin razón ninguna. Por Dios, señora, que me dejes concluir mi dicho, que ni Calisto quedará culpado ni yo condenada.
- MELIBEA.- ¡Jesús! No oiga yo mentar mas a ese loco, saltaparedes, fantasma de noche, figura de paramento malpintado; si no, aquí me caeré muerta. ¡Este es el que el otro día me vio y comenzó a desvariar conmigo, haciendo mucho de galán! Avisale que se aparte de ese propósito y le será más sano. Y tú tórnate con su misma razón; que respuesta de mí otra no habrás ni la esperes. Y da gracias a Dios,

pues tan libre vas de esta feria. Bien me habían dicho quién eras tú y avisado de tus mañas, aunque hasta ahora no te conocía.

CELESTINA.- (APARTE) ¡Otras más bravas he yo amansado! Ninguna tempestad mucho dura.

MELIBEA.- ¿Qué dices, enemiga? Habla, que te pueda oír ¿Tienes alguna disculpa para satisfacer mi enojo y excusar tu yerro y osadía?

CELESTINA.- Mientras viva tu ira, más dañara mi descargo. Que estás muy rigurosa y no me maravillo; que la sangre nueva poco calor ha menester para hervir.

MELIBEA.- ¿Poco calor? ¿Qué palabras podías tu querer para ese tal hombre, que a mí bien me estuviese? Responde, pues dices que no has concluido.

CELESTINA.- Una oración, señora, que le dijeron sabías de Santa Apolonia para el dolor de muelas. Asimismo tu cordón, que es fama que ha tocado todas las reliquias que hay en Roma y Jerusalén. Aquel caballero, que dije, pena y muere de ellas. Esta fue mi venida. Padezca él su dolor en pago de buscar tan desdichada mensajera.

MELIBEA.- Si eso querías, ¿por qué no me lo expresaste? ¿Por qué me lo dijiste en tan pocas palabras?

CELESTINA.- Señora, porque mi limpio motivo me hizo creer, que no se había de sospechar mal. Que, si faltó el debido preámbulo, fue porque la verdad no es necesaria adornarla de muchos colores. No es otro mi oficio, sino servir a los semejantes: de esto vivo y de esto me visto y como. Nunca fue mi voluntad enojar a unos para agradar a otros, aunque hayan dicho a tu merced en mi ausencia otra cosa.

MELIBEA.- Tantas y tantas alabanzas me han dicho de tus falsas mañas, que no sé si crea que pedías oración.

CELESTINA.- Nunca yo la rece y si la rezare no sea oída, ni otra verdad de mí se saque, aunque mil tormentos me diesen.

MELIBEA.- Mi pasada alteración me impide reír de tu disculpa.

CELESTINA.- Eres mi señora. Téngote de callar, hete yo de servir, hasme tú de mandar.

MELIBEA.- Tanto afirmas tu ignorancia, que me haces creer lo que puede ser. Pues todo viene de buena parte, de lo pasado haga perdón. De alguna manera se ha aliviado mi corazón, viendo que es obra pía y santa sanar a los apasionados y enfermos.

CELESTINA.- ¡Y tan enfermo, señora! Por Dios, si bien le conocieses, no le juzgases por el que has dicho y maltratado con tu ira. En Dios y en mi alma, no tiene hiel; gracias, dos mil; gesto, de un rey; gracioso, alegre; jamás reina en él tristeza. Todo junto semeja ángel del cielo. Ahora, señora, le tiene derribado una sola muela por la que no cesa de quejar.

MELIBEA.- ¿Y qué tiempo tiene?

CELESTINA.- Podría ser de veintitrés años.

MELIBEA.- No tengo necesidad de saber su edad; sino qué tiempo tiene su mal.

CELESTINA.- Ocho días, señora. Y el mayor remedio que tiene es tomar una vihuela y tañer canciones tan lastimeras, que parece que hace al instrumento llorar. Si acaso canta, se paran las aves al oírlo. Ninguna mujer le ve, que no alabe a Dios, que así le pintó.

MELIBEA.- ¡Cuánto me pesa mi falta de paciencia! Porque siendo él

ignorante y tú inocente habeis padecido las alteraciones de una airada lengua. En pago de tu sufrimiento, quiero cumplir tu demanda y darte mi cordón. Y porque para escribir la oración no habrá tiempo, ya que antes vendrá mi madre, si esto no bastare, ven mañana por ella muy secretamente.

LUCRECIA.- (APARTE) ¡Ya, ya, perdida es mi ama! ¡Secretamente quiere que venga Celestina! Fraude hay; ¡mas le querrá dar, que lo dicho!

MELIBEA.- ¿Qué dices Lucrecia?

LUCRECIA.- Señora, que baste lo dicho; que es tarde

MELIBEA.- Pues, madre, no le des parte de lo que pasó a ese caballero, porque no me tenga por cruel o arrebatadora o deshonesto.

LUCRECIA.- (APARTE) No me equivoco, mal va este hecho.

CELESTINA.- No temas, que todo lo sé sufrir y encubrir. Yo voy con tu cordón tan alegre que se me figura que ya le tengo que hallar aliviado.

MELIBEA.- Más haré por tu doliente, si menester fuera, en pago de lo sufrido.

CELESTINA.- (APARTE) Más será menester y más harás aunque no se te agradezca.

MELIBEA.- ¿Qué dices, madre, de agradecer?

CELESTINA.- Digo, señora, que todos lo agradecemos y serviremos, y todos quedamos obligados.

LUCRECIA.- (APARTE) ¡Trastócame esas palabras!

CELESTINA.- ¡Hija Lucrecia! Irás a casa a darte una lejía, con que tiñas esos cabellos. Y aún he de darte unos polvos para quitarte ese olor de la boca, que te huele un poco, y no

hay cosa que peor en la mujer parezca.

LUCRECIA.- ¡Oh, Dios te dé una buena vejez, que más necesidad tenía de todo eso que de comer!

CELESTINA.- ¿Pues, por qué murmuras contra mí, loquilla? Calla, que no sabes si me habrás menester en casa de más importancia.

MELIBEA.- ¿Qué le dices, madre?

CELESTINA.- Señora, acá nos entendemos.

MELIBEA.- Dímelo, que me encio, cuando yo estoy presente no se habla aparte.

CELESTINA.- Señora, que te recuerde la oración, para que la mandes escribir.

MELIBEA.- Mucho te está obligado ese caballero.

CELESTINA.- Señora, más merece. Yo me parto para él, si licencia me das.

MELIBEA.- Vé con Dios, que ni tu mensaje me ha traído provecho ni de tu ida me puede venir daño.

Escena 11: ALEGRIA DE CELESTINA Y RESQUEMORES DE SEMPRONIO.

(Celestina, Sempronio)

(Calle. Tarde.)

CELESTINA.- ¡Oh rigurosos trances! ¡Oh cruda osadía! ¡Oh gran sufrimiento! ¡Y qué tan cerca estuve de la muerte, si no fuera por mi mucha astucia! ¡Oh amenazas de doncella brava! ¡Oh diablo a quien yo conjuré, cómo cumpliste tu palabra en todo lo que te pedí! En deuda te estoy. ¡Oh vieja Celestina! Has de saber que la mitad está hecha, cuando tienen buen principio las cosas! Alégrate, vieja, que más sacarás de este pleito, que de quince virgos que renovarás. ¡Oh, buena fortuna, cómo ayudas a los osados! ¡Oh, cuántas errarán en lo que yo he acertado! Por esto dicen: quien las sabe las tañe; y que es más médico el experimentado que el letrado. ¡Ay cordón, cordón!

SEMPRONIO.- O yo no veo bien, o aquella es Celestina. ¡Válgame el diablo, la prisa que trae!!

CELESTINA.- ¿De qué te santiguas, Sempronio? Creo que en verme.

SEMPRONIO.- ¿Quién jamás te vio hablar entre dientes por las calles y venir aguijoneando, como quien va a ganar beneficio? Por Dios con qué vienes. Dime si tenemos hijo o hija. Que desde que dio la una, te espero aquí y no he sentido mejor señal que tu tardanza.

CELESTINA.- Esa regla de bobos no es siempre cierta, que no otra más me pudiera tardar y dejar allá las narices.

SEMPRONIO.- Por amor mío, madre, no pases de aquí sin contármelo.

CELESTINA.- Sempronio, amigo, vente conmigo a ver a Calisto, oirás maravillas. Que será desflorar mi embajada comunicándola con muchos. Que, aunque hayas de haber alguna partecilla

del provecho, quiero yo todas las gracias del trabajo.

SEMPRONIO.- ¿Partecilla, Celestina? Mal me parece eso que dices.

CELESTINA.- Calla, loquillo, que parte, o partecilla, cuanto tú quisieras te daré. Todo lo mío es tuyo. Gocemos y aprovechémonos, que sobre el partir nunca reñiremos. Aunque ya sabes tú cuanta más necesidad tienen los viejos que los mozos, mayormente tú que vas a mesa puesta.

SEMPRONIO.- Otras cosas he menester más que de comer.

CELESTINA.- ¿Qué, hijo? ¡Un calzón nuevo y un arco para andarte de casa en casa tirando a pájaros y mirando a pájaras a las ventanas! ¡Mas ay, Sempronio, de quien se va haciendo vieja como yo!

SEMPRONIO.- (APARTE) ¡Oh codiciosa y avarienta garganta! También me quiere a mí engañar como a mi amo para ser rica. ¡Pues mal logro tiene; no le arriendo la ganancia! ¡Mala vieja! ¡El diablo me metió con ella!

CELESTINA.- ¿Qué dices, Sempronio? ¿Con quién hablas? Me vienes royendo las faldas. ¿Por qué no apremias?

SEMPRONIO.- Es que me maravillo que seas mudable. Ahora vas sin seso por decir a Calisto cuanto pasa. ¿No eras tú la que decías que cada día que pensase era doblarnos el provecho?

CELESTINA.- El sabio muda de propósitos; el necio persevera. A nuevo negocio, nuevo consejo se requiere. No pensé yo, hijo Sempronio, que así me respondiera mi buena fortuna. Más dará tu amo en un día de buenas nuevas que en cientos que ande penando. Calla, bobo, y deja hacer a tu vieja.

SEMPRONIO.- Pues dime lo que pasó. Que, por Dios, que así peno por saberlo como mi amo penaría.

CELESTINA.- ¡Calla loco! Que querrias más estar al sabor, que al olor de este negocio. Andemos presto, que estará loco tu amo con mi mucha tardanza.

SEMPRONIO.- Aun sin ella lo está.

Escena 12 ANSIEDAD DE CALISTO.

(Celestina, Sempronio) (Calle)

(Pármeno, Calisto) (Casa) (Día.)

PARMENO.- ¡Señor, señor! A Sempronio y Celestina veo venir cerca de casa, haciendo paradillas de rato en rato.

CALISTO.- ¡Oh desvariado, negligente! Veslo venir, ¿no puedes correr a abrir la puerta? ¡Oh, alto Dios! ¿Qué nuevas traen? ¡Oh, mis tristes oídos! Preparaos a lo que os viene, ¡Oh, si en sueños se pasase este poco tiempo, hasta oír el principio y el fin de su habla.

CELESTINA.- ¿Oyes, Sempronio? De otro temple anda nuestro amo.

SEMPRONIO.- Pues mira que entrando hagas que no ves a Calisto y hables algo bueno.

CELESTINA.- Calla, Sempronio, que aunque haya aventurado mi vida, más merece Calisto y su ruego, y más mercedes espero yo de él.

CALISTO.- ¡Calmoso Pármeno, manos de muerto! Entra ya esa honrada, dueña, en cuya lengua está mi vida.

Escena 13: EUFORIA Y REGALOS A CELESTINA DE CALISTO, RECELOS DE LOS
CRIADOS.

(Sempronio, Celestina, Pármene, Calisto)

(Casa de Calisto. Oscurece.)

CALISTO.- ¿Qué dices, señora y madre mía?

CELESTINA.- ¡Oh, mi señor Calisto! ¡Oh, mi nuevo amador de la muy hermosa Melibea! ¿Con qué pagarás a la vieja, que hoy ha puesto su vida en juego por tu servicio? ¿Qué mujer jamás se vio en tan estrecha afrenta como yo, que en tornarlo a pensar se me menguan y vacian de sangre todas las venas de mi cuerpo? Valiera menos mi vida que lo que ahora vale este manto raído y viejo.

PARMENO.- *(APARTE Y CON SEMPRONIO)* Entre col y col, lechuga, va a por la saya. Todo para ti y nada de que puedas dar parte. No te pierdas palabra, Sempronio, y verás como no quiere pedir dinero, porque es divisible.

SEMPRONIO.- Calla, hombre desesperado, que te matará Calisto si te oye.

CALISTO.- Madre mía, o abrevia tu razón o toma esta espada y mátame.

PARMENO.- *(APARTE)* Míralo temblando está como azogado; luto habremos de medrar de estos amores.

CELESTINA.- ¿Espada, señor? ¡Espada mala mate a tus enemigos y a

quien mal te quiere! Que yo la vida te quiera dar con buena esperanza que traigo de aquella que tú más amas.

CALISTO.- ¿Buena esperanza, señora?

CELESTINA.- Buena se puede decir, y antes me recibirá a mí con esta saya rota, que a otra con seda y brocado.

PARMENO.- (*APARTE*) Sempronio, cóseme esta boca, que no lo puedo sufrir. ¡Encajado ha la saya!

SEMPRONIO.- ¡Callarás, por Dios! Si anda rodeando su vestido, hace bien, pues tiene de ello necesidad.

PARMENO.- Y esta puta vieja querría en un día por tres pasos desechar la pobreza, cuando en cincuenta años no ha podido medrar.

SEMPRONIO.- No tiene otra tacha sino ser codiciosa; pero déjala que levante sus paredes, que después levantará las nuestras o en mal punto nos conoció.

CALISTO.- Dime, por Dios, señora, ¿que hacía? ¿Cómo entraste? ¿Qué tenía vestido? ¿Qué cara te mostró al principio?

CELESTINA.- Aquella cara, señor, que suelen los bravos toros mostrar contra los que les aguijonean en el coso.

CALISTO.- ¿Y a eso llamas señales de salud? Pues ¿Cuáles serán mortales?

SEMPRONIO.- (*APARTE*) ¡Mal fuego te abrase Celestina! Aligera su tormento y no lo prolongues con mas dilaciones.

PARMENO.- ¡Calla tú, ahora, Sempronio!

SEMPRONIO.- ¡Que una intolerable y mortal pestilencia te consuma,

envidioso, maldito! ¡Vete de aquí a la mala ventura!

CALISTO.- Si no quieres, reina y señora mía, que desespere y vaya mi alma condenada a perpetua pena, certíficame si tuvo buen fin tu demanda.

CELESTINA.- Todo su vigor traigo convertido en miel, su ira en mansedumbre ¿A qué piensas que iba allí la vieja Celestina, sino a ablandar su saña, a sufrir en mi manto los golpes, los menosprecios, desdenes, que muestran aquellas en los principios de sus requerimientos de amor, para que sean después más valorados sus dones? Que a quien más quieren, peor hablan. Las cuales, aunque estén abrasadas y encendidas de vivos fuegos de amor, por su honestidad muestran un frío exterior, un apacible desafecto, un casto propósito y unas palabras agrias que las hacen forzosamente confesar lo contrario de lo que sienten. Y si así no fuese, ninguna diferencia habría entre las mujeres públicas y las escondidas doncellas. Así que para que tú descanses y tengas reposo, has de saber que el fin de sus razones fue muy bueno.

CALISTO.- Ya me reposa el corazón, ya descansa mi pensamiento, ya recobran mis venas su perdida sangre, ya he perdido el temor, ya tengo alegría. Siéntate, señora, que de rodillas quiero escuchar tu suave respuesta, y dime, ¿la causa de tu entrada, qué fue?

CELESTINA.- Vender un poco de hilado, con que tengo cazadas más de treinta como ellas, y algunas mejores.

CALISTO.- Mejores será de cuerpo, madre; pero no de gentileza, no de estado, no de gracia y discreción, no de linaje, no de virtud, no de habla.

PARMENO.- (APARTE) Ya se le sale el seso. Ya se desconcierta en bobadas. Nunca dice menos de doce. Cuenta, Sempronio, a él sus locuras y a ella sus mentiras.

SEMPRONIO.- ¡Maldiciente venenoso! ¿No has de callar? Sólo por ser de amores estas razones, aunque falsas, las había de escuchar con gana.

CELESTINA.- Pues en comenzando yo a vender y poner en precio mi hilado, fue su madre llamada para visitar a una hermana enferma, y quedó en su lugar Melibea para...

CALISTO.- ¡Oh, singular oportunidad! ¡Oh gozo sin par! ¡Oh, quién estuviera allí debajo de tu manto, escuchando su graciosa voz!

CELESTINA.- ¿Debajo de mi manto, dices? Imposible, que fueras visto por más de treinta agujeros que tiene, si Dios no lo mejora.

PARMENO.- (APARTE) Sálgome fuera, Sempronio. Ya no digo nada; escúchatelo tú todo. Más le valdría a este perdido de mi amo seguir mis consejos que no los engaños de la vieja.

SEMPRONIO.- ¿Toda ésta es la amistad, que conmigo y Celestina, habías concertado?

CALISTO.- ¿Qué es esto mozo? Estoy yo escuchando atento, que me va la vida y vosotros susurráis. Por mi amor, que calléis. Sí, señora, ¿qué hiciste, cuando te viste sola?

CELESTINA.- Abrí mis entrañas. Díjele mi embajada; cómo penabas tanto por una palabra, de su boca salida en favor tuyo, para sanarte un gran dolor. Y como ella estuviese sus-

pensa, mirándome, escuchando, hasta ver podía quien podía ser el necesitado, dije tu nombre. Pero en nombrándolo atajó mis palabras, dióse en la frente una gran palmada, y con gran espanto, me llamó hechicera, alcabueta, vieja falsa, barbuda, malhechora, y otros muchos ignominiosos nombres con cuyos títulos asustan a los niños de cuna. Todo esto con mil espantos y desmayos, turbado el sentido, retorciendo el cuerpo, las manos enclavijadas, que parecía que las despedazaba, mirando con los ojos a todas partes, acoceando con los pies el suelo duro; pero entretanto que gastaba aquel espumajoso almacén de su ira, yo no dejaba mi pensamiento estar vago ni ocioso.

CALISTO.- ¿En qué manera la calmaste, señora madre? Que yo he revuelto en mi juicio y no he hallado disculpa que buena fuese.

CELESTINA.- Dije que tu pena era mal de muelas y que la palabra que de ella quería era una oración.

CALISTO.- ¡Oh maravillosa astucia! ¡Oh singular mujer en su oficio!
¡Oh, cautelosa hembra! ¿Qué os parece, mozos? ¿Hay mejor mujer nacida en el mundo?

CELESTINA.- Señor, no me pidas más razones; déjame ir, que se va haciendo de noche y no desearía tener algún mal encuentro.

PARMENO.- (APARTE) ¡Sí, sí, porque no fuerzen a la niña! Tú irás con ella, Sempronio, que tiene temor a los grillos que cantan en lo oscuro.

CALISTO.- ¿Dices algo, Pármeno?

PARMENO.- Señor, que yo y Sempronio sería bueno que la acompañemos a su casa, que está muy oscuro.

CALISTO.- Bien dicho es. Y dime, ¿qué te respondió a la demanda de la oración?

CELESTINA.- Que la daría de su agrado.

CALISTO.- ¿De su agrado? ¡Oh Dios mío!

CELESTINA.- Pues más le pedí.

CALISTO.- ¿Qué, mi vieja honrada?

CELESTINA.- Un cordón, que ella trae continuo ceñido, diciendo que era provechoso para tu mal, porque había tocado muchas reliquias.

CALISTO.- ¿Pues qué dijo?

CELESTINA.- ¡Dame albricias! Que ya te lo diré.

CALISTO.- Toma toda esta casa y cuanto en ella hay y dímelo o pide lo que quieras.

CELESTINA.- Por un manto que tú des a la vieja, pondré en tus manos el mismo cordón que en su cuerpo ella tenía.

CALISTO.- ¿Qué dices de manto? Manto y saya y cuanto yo tengo.

CELESTINA.- Manto he menester. No te alargues más. Que dicen que ofrecer mucho al que poco pide es especie de negar.

CALISTO.- ¡Corre, Pármeno, llama a mi sastre y que corte un manto y una saya de aquel paño fino de Flandes, que a poco me trajeron.

PARMENO.- *(APARTE)* ¡Así, así! A la vieja todo, porque venga cargada de mentiras como abeja y a mí que me arrastren.

- CALISTO.- ¿Qué vas, bellaco, rezando? No hay hombre tan malservido como yo, mantengo mozos advenedizos, rezongadores, envidiosos. Vé donde te mando presto y no me enojies; que también habrá para ti sayo en aquella pieza.
- PARMENO.- No digo, señor, otra cosa, sino que es tarde para que venga el sastre.
- CALISTO.- Pues quédese para mañana. Y tú, señora, no sufras, que no se pierde lo que se dilata. Y deja señora que gozen mis ojos del dulce cordón.
- CELESTINA.- Tómalo, que, si yo no me muero, también te daré a mi ama.
- CALISTO.- ¡Oh nuevo huésped! ¡Oh bienaventurado cordón que tanto merecimiento tuviste en ceñir aquel cuerpo! ¡Oh nudos de mi pasión, vosotros ensalzais mis deseos!
- CELESTINA.- Consuélate señor, que en una hora no se ganó Zamora; pero no por eso desconfiaron los combatientes.
- CALISTO.- ¡Oh desdichado! que las ciudades están con piezas cercadas y a piedras, piedras las vencen; pero ésta mi señora tiene el corazón de acero.
- CELESTINA.- No desconfíes, que una mujer puede ganar a otra. Poco has tratado mi casa; no sabes bien lo que yo puedo.
- CALISTO.- ¡Oh cordón, cordón! ¿Fuíste tú enemigo? Si lo fuiste, yo te perdono, que de los buenos es propio las culpas perdonar.
- CELESTINA.- Cesa ya, señor, ese devanear, que me tienes cansada de escucharte y al cordón, roto de sobarlo.
- CALISTO.- Calla, señora, que él y yo nos entendemos.
- SEMPRONIO.- Señor, por holgar con el cordón, acabarás no queriendo gozar con Melibea.

- CALISTO.- ¿Qué dices loco, desvariado, aguafiestas?
- SEMPRONIO.- Digo que hablando mucho, agotas a ti y a los que te oyen. Qué así perderás la vida o el seso. Abrevia tus razones y escucha las de Celestina.
- CALISTO.- ¿Te enojé, madre, con mis razones o está borracho este mozo?
- CELESTINA.- No me enojaste, pero debes tratar al cordón como cordón, porque sepas hacer diferencia de habla, cuando con Melíbea te veas.
- CALISTO.- ¡Oh, tú, señora, alegría de las viejas mujeres, gozo de las mozas, descanso de los fatigados como yo! Déjame gozar con este mensajero de mi gloria. Déjame salir por las calles con esta joya, para que los que me vean sepan que no hay hombre más bienandante que yo.
- SEMPRONIO.- No hagas más grande tu llaga cargándola de deseo. No sólo del cordón pende tu remedio.
- CALISTO.- ¿Y la oración?
- CELESTINA.- No me la dio por ahora.
- CALISTO.- ¿Cuál fue la causa?
- CELESTINA.- La brevedad del tiempo. Señor, basta lo dicho y hecho. Que ya es bastante para la primera visita. Me voy. Cumple, señor, con el paño, para que no eche en falta mi petición.
- CALISTO.- Veinte paños has de tener.
- CELESTINA.- Dadme entonces licencia, que es muy tarde, y déjame llevar el cordón, porque, como sabes, de él tengo necesidad.
- CALISTO.- ¡Oh desconsolado de mí! Que contigo o con el cordón o con ambos quiera yo estar acompañado esta noche luenga y

oscura. Pero, sea, y venga entera la soledad. ¡Mozos, mozos!

PARMENO.- Señor.

CALISTO.- Acompaña a esta señora hasta su casa y vaya con ella tanto placer y alegría, como queda conmigo tristeza y soledad.

CELESTINA.- Quede Dios contigo. Y consúelate, señor, y piensa en otras cosas.

CALISTO.- Eso no, que es herejía olvidar aquella por quien la vida me place.

(SALE CELESTINA Y PARMENO)

Escena 14: CONSEJOS DE CELESTINA A PARMENO

Y OFRECIMIENTOS DE CONSEGUIR A AREUSA.

(Celestina, Pármeno)

(Calle. Noche.)

CELESTINA.- Pármeno, hijo, con tantas razones, no ha habido oportunidad para decirte y mostrarte el mucho amor que te tengo. La razón no es menester repetirla, porque yo te tenía por hijo, al menos casi adoptivo; y tú me pagas, susurrando y murmurando contra mí en presencia de Calisto. Bien creo que de tu yerro sólo la edad tiene la culpa. Si tú tuvieras memoria, no te olvidarías de mi mucho amor y del buen socorro que es una vieja conocida, amiga, madre, y más que madre, buen mesón para descansar, buen hospital para sanar, buena bolsa para necesidad, buen fuego de invierno, buena sombra de verano, buena taberna para comer y beber. ¿Qué dirás, loquillo, a todo esto? Estás confuso. Pues no quiero más de ti. Que Dios no pide más del pecador, que arrepentirse y enmendarse. Mira a Sempronio. Querría que fuésetis como hermanos, porque estando bien con él, con tu amo y con todo el mundo lo estarás. Quiere tu amistad. Crecería vuestro provecho, dándoos el uno al otro la mano.

PARMENO.- Madre, con Sempronio me parece que es imposible sostener mi amistad. El es disparatado, yo malsufrido; no hay acuerdo entre esos amigos.

CELESTINA.- El amigo en las cosas inciertas se conoce, en las adversidades se prueba. Vosotros sois iguales; la paridad de las costumbres y la semejanza de los corazones es el mejor armazón de la amistad. No lo descubrirás hasta que

vivas más reposado.

PARMENO.- ¿A qué llamas reposado, tía?

CELESTINA.- Hijo, a vivir por ti, a no andar por casas ajenas, lo cual siempre andarás, mientras no te sepas aprovechar de tu servicio. Que de la lástima que me dio verte así vestido, pedí hoy manto a Calisto. No para mí, sino para que a ti te hiciese provecho. No llores tú la hacienda que tu amo heredó. ¡Oh, hijo mío, Pármeno! Que bien te puedo decir hijo, puesto que tanto tiempo te crié. ¡Oh cuán dichosa me hallaría en que tú y Sempronio fuerais muy amigos, hermanos en todo, viniendo a mi pobre casa a holgar, a verme y aun a desenfadarse con sendas muchachas!

PARMENO.- ¿Muchachas, madre mía?

CELESTINA.- Muchachas, digo, que para vieja, harto soy yo. Igual que la tiene Sempronio, y sin tener tantos méritos como tú. Que de las entrañas me sale cuanto te digo.

PARMENO.- Madre de aquí en adelante en todo te obedeceré. Haz de las tuyas, que yo callaré. Que ya tropecé en no creerte acerca de este negocio.

CELESTINA.- Acerca de éste y de otro tropezarás y caerás, mientras no tomes mis consejos.

PARMENO.- Ahora doy por bien empleado el tiempo que siendo niño te serví, pues tanto fruto trae para la mayor edad. Y ruego a Dios por el alma de mi padre y de mi madre que a tal mujer me encomendó.

CELESTINA.- No me la nombres, hijo, por Dios, que se me hinchan los ojos de agua. ¡Oh, qué graciosa era, qué desenvuelta y limpia! Sin pena ni temor se andaba a media noche de cementario en cementerio, buscando aparejos para nuestro

oficio. No dejaba enterramientos de cristianos, moros ni judíos sin visitas. De día los acechaba, de noche les desenterraba. Una cosa te diré, para que veas qué madre perdiste. Siete dientes quitó a un ahorcado con unas tenacillas de pelar cejas, mientras yo le descalcé los zapatos ¿Qué más quieres, sino que los mismos diablos la tenían miedo? Atemorizados y espantados los tenía con las crudas voces que les daba.

PARMENO.- Dime, señora, cuando la justicia te mandó prender, estando yo en tu casa, ¿Teníais mucho conocimiento?

CELESTINA.- ¿Si teníamos, me dices? Juntas lo hicimos, juntas nos prendieron y acusaron, juntas nos dieron la pena. Pero muy pequeño eras tú. Yo me espanto cómo te acuerdas, que es la cosa que más olvidada está en la ciudad. Así era tu madre, la primera de nuestro oficio y por tal era de todo el mundo conocida y querida, tanto de caballeros como de clérigos, casados, viejos, mozos y niños. Que fue su principal oficio partera durante diez y seis años. Se tú como ella, amigo verdadero, pues tienes a quien parecerte.

PARMENO.- Ahora dejemos los muertos y las herencias. Bien te acordarás que me prometiste me harías ver a Areúsa.

CELESTINA.- Así es, que no creas que he perdido con los años la memoria. Vamos a su casa, que esto es lo menos, que yo por ti tengo que hacer.

PARMENO.- Yo ya desconfiaba de poderla alcanzar.

CELESTINA.- Anda rápido que ahí está su puerta. Atiende y espera, que no nos sientan sus vecinas. Entraré yo a ver que se puede hacer, que por ventura será más de lo que tú traes pensado.

Escena 15: CELESTINA CONVINCE A AREUSA PARA ACOSTARSE CON PARMENO.

(Celestina, Areusa, Pármeno)

(Casa de Areusa. Noche.)

AREUSA.- ¿Quién anda ahí?

CELESTINA.- Quien no te quiere mal, quien nunca da paso que no piense en tu provecho,; una enamorada tuya, aunque vieja.

AREUSA.- *(APARTE)* Llévase el diablo a esta vieja, que viene como diablo a estas horas.

Tía, ¿qué buena venida es ésta? Ya me desnudaba para acostar.

CELESTINA.- ¿Con las gallinas, hija? Así se hará la hacienda.

AREUSA.- Me volveré a vestir, que hace frío.

CELESTINA.- No lo hagas; éntrate en la cama, que desde allí hablaremos.

AREUSA.- Me siento mala hoy todo el día. Así que la necesidad más que el vicio, me hizo tomar con tiempo las sábanas.

CELESTINA.- Pues no estes sentada, acuéstate, métete debajo de la ropa, que pareces apagada. ¡Ay, cómo me huele toda la ropa en bulléndote! Siempre me pagué de tus cosas, de tu limpieza y atavío! ¡Fresca que estás! ¡Bendígate Dios! ¡Qué sábanas y colchas! Será que a mi vejez todo me parece perla de oro. Déjame mirarte toda a mi voluntad, que me huelgo.

AREUSA.- ¡Alto, madre, no llegues a mí, que me haces cosquillas y me provocas la risa y la risa acrecienta mi dolor.

CELESTINA.- ¿Qué dolor, mis amores?

AREUSA.- Hace cuatro horas que muero de la madre; me sube el

dolor a los pechos y me quiere sacar del mundo.

CELESTINA.- Pues dame lugar, tentaré. Que aun algo sé yo de este mal.

AREUSA.- Más arriba lo siento, sobre el estómago.

CELESTINA.- ¡Bendígate Dios y el ángel San Miguel, qué hermosa y fresca estás! ¡Qué pechos y qué gentileza! Ahora te digo que no hay en la ciudad tres cuerpos como el tuyo. ¡Oh, quién fuera hombre y tanta parte alcanzara de ti para gozar tal vista! Por Dios, pecado ganas en no dar parte de estas gracias a todos los que bien te quieren. No seas perro del hortelano. Y pues no puedes de ti misma gozar, goce quien puede.

AREUSA.- Dame algún remedio para mi mal y no estés burlando de mí.

CELESTINA.- De este tan común dolor todas somos maestras. Todo olor fuerte es bueno, así como poleo, ruda, ajeno, humo de plumas de perdiz de romero, de incienso. Pero otra cosa hallaba yo siempre mejor que todas y ésta no te quiero decir, pues tan santa te me haces.

AREUSA.- ¿Qué, por mi vida, madre? ¿Me ves penada y me encubres la salud?

CELESTINA.- ¡Anda, que bien me entiendes, no te hagas la boba!

AREUSA.- ¡Ya, ya; mal tumor me mate, si te entendía! ¿Qué quieres que haga? Ayer partió mi amigo con su capitán a la guerra. ¿Había de hacerle ruindad?

CELESTINA.- ¡Verás qué daño y qué gran ruindad!

AREUSA.- Por cierto, que lo sería. Que me da todo lo que he menester, tiéneme honrada y trátame como si fuese su señora.

CELESTINA.- Aunque todo eso sea, mientras no parieras nunca te faltará este mal, de lo cual él debe ser causa.

AREUSA.- Dejemos eso, que es tarde, y dime a qué fue tu venida.

CELESTINA.- Ya sabes lo que de Pármeno te dije. Quejóseme que aún no quieres verle. No sé por qué, pues sabes que le quiero yo bien y le tengo por hijo. Ya sabes el deudo que hay entre tí y Elicia, la cual tiene Sempronio en mi casa. Pármeno y él son compañeros, sirven a este señor que tu conoces y por quien tanto favor podrás tener. No niegues lo que tan poco hacer te cuesta. Vosotras, parientes; ellos compañeros. Aquí viene conmigo. Verás si quieres que entre.

AREUSA.- ¡Amarga de mi, y si nos ha oído!

CELESTINA.- No que en la escalera está. Háblale y muéstrale buena cara. Y si te pareciese, goce él de tí y tú de él. Que, aunque él gane mucho, tú no pierdes nada.

AREUSA.- ¿Cómo quieres que haga tal cosa teniendo a quién dar cuenta? Tengo vecinas envidiosas. Luego lo dirán.

CELESTINA.- No temas, yo lo preví primero, y muy silenciosos entramos.

AREUSA.- No lo digo por esta noche, sino por otras muchas.

CELESTINA.- ¿Cómo, y de éstas eres? Ausente le tienes miedo. ¡Ay, hija, si vieses el saber de tu prima y qué tanto le han aprovechado mi crianza y consejos y qué gran maestra está! Que uno en la cama y otro en la puerta y otro, que suspira por ella en su casa, se precia de tener. Y con todos cumple y a todos muestra buena cara y todos piensan que son muy queridos y que no hay otro más que él. ¿Y tú temes que con dos que tengas, en las tablas de la cama lo han de descubrir? ¿De una sola gotera te man-

tienes? ¡No te sobrarán muchos manjares! Sube, hijo Pármeno.

AREUSA.- ¡No suba! ¡Qué no le conozco! Siempre tuve vergüenza de él.

CELESTINA.- Aquí estoy yo que te la quitaré y hablaré entreambos.

(ENTRA PARMENO)

PARMENO.- Señora, Dios salve tu graciosa presencia.

AREUSA.- Gentilhombre, buena sea tu venida.

CELESTINA.- Llégate acá, asno. ¿Adónde te vas a sentar en el rincón? No seas vergonzoso. Oídme ambos lo que digo. Ya sabes tú, Pármeno amigo, lo que te prometí, y tú, hija mía, lo que te tengo rogado. El vive pensando en ti, sé que no le querrás matar, por lo que no será malo que se quede acá esta noche.

AREUSA.- Por mi vida, madre, que tal cosa no se haga.

PARMENO.- (APARTE A CELESTINA) Madre mía, por amor de Dios, que no salga yo de aquí sin buen concierto. Que me ha matado de amores su visita. Dile que le daré cuanto tengo.

AREUSA.- ¿Qué te dice ese señor a la oreja?

CELESTINA.- No dice, hija, sino que se huelga mucho con tu amistad. Y asimismo que me prometa de aquí adelante ser muy amigo de Sempronio y venir en todo lo que quisiera contra su amo en un negocio que traemos entre manos ¿Es verdad, Pármeno? ¿Lo prometes como digo?

PARMENO.- Sí, prometo, sin duda.

CELESTINA.- (APARTE) ¡Ha, don ruín, palabra te tengo!. Llégate acá, negligente, vergonzoso, que quiero ver de qué eres capaz antes de que me vaya. Retózale en esta cama.

AREUSA.- No será él tan descortés, que entre en lo vedado sin

licencia.

CELESTINA.- ¿En esas estás? No espero más aquí yo, fiadora que tú amanezcas sin dolor y él sin color. Mas como es un putillo, gallillo, barhiponiente, entiendo que en tres noches no se le demude la cresta. De éstos me mandaban a mí comer en mi tiempo los médicos de mi tierra, cuando tenía mejores dientes. Quedaos con Dios, que me haceis dentera con vuestro besar y retozar.

AREUSA.- Dios vaya contigo.

PARMENO.- Madre, ¿mandas que te acompañe?

CELESTINA.- Sería quitar a un santo para poner otro. Acompañeos Dios; que yo vieja soy; no he de temer que me fuercen en la calle.

Escena 16: CELESTINA REPRENDE A ELICIA.

(Elicia, Celestina)

(Casa de Celestina. Noche.)

ELICIA.- ¡Por fin llegas, madre! Andar de noche es tu placer. Te ha estado esperando el padre de la desposada que llevaste el día de pascua al racionero; que la quiere casar de aquí a tres días y es menester que la remedies, para que no sienta su marido la falta de virginidad.

CELESTINA.- No me acuerdo, hija.

ELICIA.- ¿Cómo no te acuerdas? ¡Oh, cómo caduca la memoria! Tú misma me dijiste, cuando la llevabas, que la habías renovado siete veces.

CELESTINA.- No te maravilles, hija, que quien en muchas partes derrama su memoria, en ninguna la puede tener. Pero, dime si tornará.

ELICIA.- Tínete dado una pulsera de oro en prendas de tu trabajo, ¿y no había de venir?

CELESTINA.- ¿El de la pulsera es? Ya sé quién dices. ¿Por qué no has tomado tú el aparejo y comenzabas a hacer algo? Alguna vez has de probar, que unas cuantas me lo has visto hacer a mí. Si no, ahí te estarás toda la vida, hecha bestia sin oficio ni beneficio. Que la mocedad ociosa acarrea la vejez arrepentida y trabajosa.

ELICIA.- Ninguna ciencia es bienempleada en el que le tiene afición. Yo le tengo a este oficio odio; tú mueres tras ello.

CELESTINA.- Pobre vejez quieres. ¿Piensas que nunca has de salir de mi lado?

ELICIA.- Por Dios, dejemos enojo y al tiempo el consejo. Mientras

hoy tuviéramos de comer, no pensemos en mañana. No viviremos para siempre. Gozemos y holguemos, que la vejez pocos la ven, y de los que la ven ninguno murió de hambre. Dejemos cuidados ajenos y acostémonos, que es hora. Más me engordará un buen sueño sin temor, que cuanto tesoro hay en Venecia.

2 Parte

Escena 17: PARMENO DESPIERTA EN BRAZOS DE AREUSA.

(Pármeno, Areúsa)

(Casa de Areúsa. Amanece.)

PARMENO.- ¿Amanece o qué es esta claridad que entra en la cámara?

AREUSA.- ¿Qué amanecer? Si acabamos de dormirnos.

PARMENO.- ¡Oh, traidor de mí, en qué gran falta he caído con mi amo! ¡Oh, qué tarde es!

AREUSA.- ¿Tarde?

PARMENO.- Es día claro.

AREUSA.- No se me ha quitado el mal de madre.

PARMENO.- ¿Pues qué quieres, mi vida?

AREUSA.- Que me alivies de mi mal.

PARMENO.- Señora mía, es ya mediodía. Si voy más tarde, no seré bien recibido de mi amo. Yo vendré mañana y cuantas veces mandares. Y mejor aún, para que antes nos veamos, vete a las doce del día a comer con nosotros a casa de Celestina.

AREUSA.- Que me place, de buen agrado. Ve con Dios.

Escena 18: SATISFACCION DE PARMENO.

(Pármeno)

(Calle. Día)

PARMENO.- ¡Oh, placer singular! ¡Oh, singular alegría! ¿Cuál hombre es ni ha sido más bienaventurado que yo? ¡Que un tan excelente don sea por mí poseído y cuan presto pedido tan presto alcanzado! ¿Con qué pagaré yo esto a Celestina? Oh, alto Dios ¿a quién contaría yo este gozo? Bien me decía la vieja que el placer no comunicado no es placer ¿Quién sentirá una dicha como la que yo siento? A Sempronio veo en la puerta. Mucho ha madrugado. Trabajo tengo con mi amo, si ha salido fuera.

Escena 19: ALIANZA DE PARMENO Y SEMPRONIO. MELANCOLIA DE CALISTO.

(Pármeno, Sempronio, Calisto)

(Casa de Calisto. Día.)

SEMPRONIO.- Pármeno, hermano, no sé qué creer de tu tardanza, sino que te quedaste a calentar a la vieja anoche o a rasarle los pies, como cuando chiquito.

PARMENO.- ¡Oh, Sempronio, amigo y más que hermano, por Dios no corrompas mi placer, no agües con turbia agua el claro licor de pensamiento que traigo! Recíbeme y te contaré las maravillas de mi buena andanza pasada!

SEMPRONIO.- Dilo, dilo ¿Es algo de Melibea? ¿La has visto?

PARMENO.- ¿Qué de Melibea? Es de otra que yo más quiero y puede compartir con ella en gracia y hermosura.

SEMPRONIO.- ¿Qué es esto, desvariado? ¿Ya todos amamos? El mundo se va a perder. Calisto a Melibea, yo a Elicia, tú de envidia has buscado con quien perder ese poco de seso que tienes.

PARMENO.- Estás enojado. Dejo que me maltrates, pues dicen que no hay tormenta perpetua ni durable.

SEMPRONIO.- Más maltratas tú a Calisto, diciendo que se aparte de amar a Melibea. ¡Oh, Pármeno, ahora podrás ver qué fácil es reprender vida ajena y cuán duro guardar cada cual la suya! Ya tienes tu escudilla como cada cual. Si mi amigo fueras me habrías favorecido cuando te necesité y ayudado a Celestina en mi provecho.

PARMENO.- Siempre lo oí decir y ahora por experiencia lo veo: nunca viene placer sin contraria zozobra. ¿Quién puede verse, como yo me vi, con tanta gloria alcanzada con mi querida Areúsa?. No me has dado lugar a poderte decir

cuánto soy tuyo, cuánto te he de favorecer en todo, cuánto estoy arrepentido, y cuántos castigos y consejos buenos he recibido de Celestina en tu favor y provecho de todos.

SEMPRONIO.- Bien me agradan tus palabras. Pero, por Dios, ¿qué es eso de Areúsa?

PARMENO.- ¿Pues qué es todo el placer que traigo, sino haberla alcanzado?

SEMPRONIO.- ¿A qué llamas haberla alcanzado? ¿Estaba en alguna ventana o qué es eso?

PARMENO.- A poner en duda si queda preñada o no.

SEMPRONIO.- Espantado me tienes.

PARMENO.- Ya la tengo por mía.

SEMPRONIO.- ¡La vieja anda por ahí!

PARMENO.- ¿En qué lo ves?

SEMPRONIO.- Dichoso fuiste; no hiciste sino llegar a recaudar. Más vale a quien Dios ayuda, que quien mucho madruga. Buen padrino tuviste.

PARMENO.- Di madrina, que es más cierto. Oh, hermano, ¿qué te contaría de las gracias de esa mujer, de su habla y hermosura de cuerpo?

SEMPRONIO.- Calla, ¿acaso no es prima de Elicia? Todo te lo creo. Pero ¿qué te cuesta?

PARMENO.- A comer la convidé para casa de Celestina, y si te place, vamos todos allá.

SEMPRONIO.- ¿Quién, hermano?

PARMENO.- Tú y ella; allá están la vieja y Elicia.

SEMPRONIO.- ¡Oh, Dios, y cómo me has alegrado! Abrazarte quiero. Sea

lo pasado, pasado y así paz para todo el año. Comamos y holguemos, que nuestro amo ayunará por todos.

PARMENO.- ¿Y qué hace el desesperado?

SEMPRONIO.- Allí está tendido, donde le dejaste anoche. ¿Qué has pensado enviar para aquellas loquillas?

PARMENO.- En casa llena presto se adereza cena. Pan blanco, vino de Monviedro, un pernil de tocino y unos pollos que trajeron el otro día los renteros de nuestro amo. Que si los pidiera, le haré creer que los ha comido. Tu serás testigo.

(AL APARECER CALISTO INTENTAN OCULTAR LO QUE LLEVAN)

CALISTO.- ¿Quién habla en la sala? ¡mozos!

PARMENO.- ¿Señor?

CALISTO.- ¿Es muy de noche? ¿Es hora de acostar?

PARMENO.- ¡Más es, señor, tarde para levantar!

CALISTO.- ¿Qué dices, loco? ¿Ha pasado ya la noche?

PARMENO.- Y aún parte del día.

CALISTO.- Di, Sempronio, ¿miente este desvariado, que me hace creer que es de día?

SEMPRONIO.- Olvida, señor, un poco a Melíbea y verás la claridad.

CALISTO.- ¡Oh, loco, loco! Dice el sano al doliente: "Dios te de salud". Me voy solo a misa y no tornaré a casa hasta que me llameis, dándome albricias de mi gozo con la buena venida de Celestina. Ni comeré hasta entonces.

SEMPRONIO.- Señor, come alguna conserva con que tanto espacio de tiempo te sostengas.

CALISTO.- Sempronio, mi fiel criado, mi buen consejero, mi leal servidor; quieres tanto mi vida como la tuya. Quedaos

con Dios, hijos. Esperad a la vieja y buscadme con
buenas albricias.

(SALE)

Escena 20: PARMENO Y SEMPRONIO CORREN A CASA DE CELESTINA.

(Pármeno, Sempronio)

(Calle. Día.)

SEMPRONIO.- Vámonos, Pármeno, y no olvides ninguna vianda; que no es tiempo de ayuno, sino hora de comer.

PARMENO.- Vamos presto. Ya creo que se quejarán de nuestra tardanza. Pasemos por esta calle y entremos por la iglesia a ver si hubiera acabado Celestina sus devociones.

SEMPRONIO.- Mal conoces a Celestina. Cuando ella tiene que hacer, no se acuerda de Dios. Lo que en sus cuentas de rosario reza es los virgos que tiene a su cargo y cuántos enamorados hay en la ciudad y cuántas mozas tiene encomendadas y qué canónigo es más mozo y franco. Cuando menea los labios es fingir mentiras, ordenar cautelas para haber dinero. Que no sé quién diablos le enseñó tanta ruindad.

PARMENO.- La necesidad y la pobreza, la hambre, que no hay mejor maestra en el mundo, no hay mejor despertadora y avivadora de ingenios.

Escena 21: COMIDA EN CASA DE CELESTINA

Y GRATA SORPRESA CON LUCRECIA.

(Celestina, Pármeno, Sempronio, Elicia, Aréusa, Lucrecia)
(Casa de Celestina. Mediodía.)

CELESTINA.- ¡Oh, mis enamorados, mis perlas de oro; más me alegra vuestra venida que la mayor de las ganancias! ¡Muchachas, muchachas; bobas! ¡Andad acá, presto, que están aquí dos hombres, que me quieren forzar!

ELICIA.- ¡Ya era hora de que viniesen! Este perezoso de Sempronio habrá sido causa de la tardanza, que ya no tiene ojos para mí.

SEMPRONIO.- Calla, mi señora, mi vida, mis amores. Que quien a otro sirve no es libre. No tengamos enojo, sentémonos a comer.

ELICIA.- ¡Así! A mesa puesta con tus manos lavadas y poca vergüenza.

SEMPRONIO.- Después refriremos, comamos ahora. Siéntate, madre Celestina, tú primero.

CELESTINA.- Sentaros, vosotros, mis hijos, que hay lugar para todos, a Dios gracias; poneos en orden, cada uno con la suya; yo, que estoy sola me pondré con este jarro de vino. Desde que me fui haciendo vieja, no sé mejor oficio a la mesa, que escanciar. Pues en noches de invierno no hay mejor calentador de cama. Esto me calienta la sangre, esto me hace andar siempre alegre; esto da esfuerzo al mozo y al viejo fuerza, pone color al descolorido, coraje al cobarde, conforta los cerebros, quita el hedor del aliento, ayuda a sufrir los afanes de las labranzas, sana el catarro y las muelas. Más propiedades tiene que

cabellos vuestras cabezas. Tan solo tiene un defecto, que lo bueno vale caro y lo malo hace daño. Así que con lo que sana el hígado enferma la bolsa. Pero todavía con mi fatiga busco lo mejor, para eso poco que bebo.

ELICIA.- Una sola docena de veces en cada comida.

CELESTINA.- Salvo si soy convidada como ahora.

SEMPRONIO.- Tía señora, brindemos por los amores de este perdido de nuestro amo y de aquella graciosa y gentil Melibea.

ELICIA.- ¡Apártate allá, desabrido, enojoso! ¡Mal provecho te haga lo que comes! ¡Jesús, Jesús, qué hastío y enojo es ver tu poca vergüenza! ¿A quién llamas gentil? Santi-
guarme quiero de tu necesidad y poco conocimiento. La hermosura de Melibea por una moneda se compra en la tienda. Por cierto, que conozco yo en la calle donde ella vive cuatro doncellas, en quién Dios más repartió su gracia. Que si algo tiene de hermosura es por buenos atavíos que trae. Ponedlos en un palo, y también diréis que es gentil. Por mi vida, que no lo digo por alabarme; mas creo que soy tan hermosa como vuestra Melibea.

AREUSA.- Pues no la has visto tú como yo, hermana mía. Si en ayuno la topases, aquel día no pudieses comer de asco. Por una vez que haya de salir donde pueda ser vista, embadurna su cara con hiel y miel y con otras cosas, que por reverencia de la mesa dejo de decir. Las riquezas las hace a éstas hermosas y alabadas; que no las gracias de su cuerpo. Tiene unas tetas, para ser doncella, como si tres veces hubiese parido; no parecen sino dos grandes calabazas. El vientre no se lo he visto; pero, juzgando por lo otro, creo que lo tiene tan flojo, como vieja de cincuenta años.

SEMPRONIO.- Hermana, paréceme aquí que cada buhonero alaba sus

mercancías, que lo contrario de lo que dices suena por la ciudad.

AREUSA.- Ninguna cosa es más lejos de la verdad que la vulgar opinión.

SEMPRONIO.- Señora, el vulgo hablador no perdona las tachas de sus señores, y así, si alguna tuviese Melibea, ya sería descubierta. Y aún concediendo lo que dices, Calisto es caballero, Melibea hijadalgo; los nacidos por linaje escogido, búscanse unos a otros.

AREUSA.- Ruin sea quien por ruin se tiene. Las obras hacen linaje, que al fin todos somos hijos de Adán y Eva; nadie se vaya a buscar en la nobleza de sus antepasados la virtud.

CELESTINA.- Hijos, por mi vida, que cesen esas razones de enojo. Y tú, Elicia, tórnate a la mesa.

ELICIA.- ¿Había yo de comer, con ese malvado, que en mi cara me ha porfiado que es más gentil su andrajo de Melibea, que yo?

AREUSA.- Ven, hermana, a comer. No les des ese placer a estos locos porfiadores.

ELICIA.- (A SEMPRONIO) ¿De qué te ríes? ¡De mal cáncer sea comida esa boca desgraciada!

CELESTINA.- No le respondas, hijo; si no, nunca acabaremos. Decidme ¿Cómo quedó Calisto? ¿Cómo pudisteis ambos escabullir de él?

PARMENO.- Se fue maldiciendo, desesperado, perdido, medio loco, a misa de la Magdalena, a rogar a Dios que le llevases pronto a Melibea en tu regazo.

CELESTINA.- Mucha fuerza tiene el amor; no sólo la tierra, mas aun

las mareas traspasa, según su poder. Todas las dificultades quiebra. Ansiosa cosa es, temerosa y solícita.

SEMPRONIO.- Señora, todo cuanto dices lleva razón, que aquí está quien me causó algún tiempo andar hecho otro Calisto, perdido el sentido, cansado el cuerpo, la cabeza vana, los días mal durmiendo, las noches todas velando, saltando paredes, cansando amigos, quebrando espada, haciendo coplas, pintando motes, sacando invenciones. Pero todo lo doy por bien empleado, pues tal joya gané.

ELICIA.- ¡Mucho piensas que me tienes ganada! Pues te hago saber que cuando vuelves la cabeza, tengo a otro que más quiero, más gracioso que tú y que no me da enojo.

CELESTINA.- Hijo, déjala decir, que devanea. Mientras más de eso la oyeres, más se confirma en tu amor. Besaos y abrazaos, que a mí no me queda otro caso sino gozarme en verlo. ¡Dios os bendiga, reir y holgar, putillos, loquillos, traviosos! Gozad vuestras frescas mocedades y no permitid que el tiempo os arrepienta. Como yo hago ahora por algunas horas que dejé perder, cuando moza, cuando me apreciaban, cuando me querían. Que ya, ¡mal pecado!, caduca, nadie me quiere ¡Y Dios sabe mi buen deseo! ¡Mirad no derribeis la mesa!

ELICIA.- Madre, a la puerta llaman. O la voz me engaña o es mi prima Lucrecia.

CELESTINA.- Abrele y entre ella y sus buenos años. Aunque su mucho encerramiento le impide el gozo de su mocedad.

AREUSA.- Estas que sirven a señoras, ni gozan deleites ni conocen los dulces premios de amor. Esperan galardón, sacan baldón; esperan salir casadas, salen amengüadas; esperan vestidos y joyas de boda, salen desnudas y denostadas. La mejor honra que en sus casas tienen, es andar hechas

callejeras, de dueña en dueña, con sus mensajes a cuest-
tas. Por esto, madre, he querido más vivir en mi pequeña
casa, exenta y señora, que no en sus ricos palacios
sojuzgada y cautiva.

CELESTINA.- En tu seso has estado, bien sabes lo que hacer.

LUCRECIA.- Buen provecho os haga, tía y la compañía. Dios bendiga a
tanta gente y tan honrada.

CELESTINA.- ¡Tanta, hija? Bien se nota que no me conociste en mi
prosperidad. ¡Quién me vio y quién me ve ahora! Yo
tenía, donde están tus primas sentadas, nueve mozas de
tus días. No puedo decir sin lágrimas la mucha honra que
entonces tenía. Proverbio es antiguo, que cuanto el
mundo es o crece o decrece. Mi honra llegó a la cumbre
cuando yo estaba lozana; de necesidad es que desmengué y
se abaje. Cerca ando de mi fin. En esto veo que me queda
poca vida.

LUCRECIA.- Trabajo tenías, madre, con tantas mozas, que es ganado
muy penoso de guardar.

CELESTINA.- ¡Trabajo, mi amor? Antes descanso y alivio. Todas me
obedecían, todas me honraban, lo que yo decía era lo
bueno, a cada cual daba su cobro. Caballeros viejos y
mozos, abades de todas dignidades, desde obispos hasta
sacristanes; en entrando por la iglesia, veía bajar
bonetes en mi honor, como si yo fuera una duquesa. Allí
se concertaban sus venidas a mi casa, allí se me ofre-
cían dineros, allí promesas, allí otras dádivas.

SEMPRONIO.- ¡Asombrados nos tienes con lo que cuentas de esas reli-
giosas gentes!

CELESTINA.- Algunos me enviaban sus escuderos y mozos con pollos,
gallinas, perdices, tórtolas, perniles de tocina, tortas

de trigo, lechones y vino; de lo mejor que se bebía en la ciudad, venido de diversas partes, de Luque, de Toro, de Madrigal, de San Martín. Aún tengo la diferencia de los gustos y sabor en la boca. No sé cómo puedo vivir, cayendo de tal estado.

AREUSA.- Por Dios, no llores, madre, ni te fatigues; que Dios lo remediará todo.

CELESTINA.- Harto tengo, hija, que llorar, acordándome de tan alegre tiempo. Y tú, Lucrecia, dejadas estas razones, a qué fue tu buena venida.

LUCRECIA.- Ya se me había olvidado mi principal demanda y mensaje escuchándote, y así me estuviera un año sin comer, pensando en aquella vida buena, que aquellas mozas gozarían. Mi venida, señora, es pedirte el ceñidero y, demás de esto, te ruego mi señora que la visites presto, porque se siente muy fatigada de desmayos y de dolor de corazón.

CELESTINA.- Hija, de estos dolorcillos, más es el ruido que las nueces.

LUCRECIA.- Madre, vamos presto y me des el cordón.

CELESTINA.- Vamos, que yo lo llevo.

Escena 22: LA PASION DE MELIBEA.

(Melibea)

(Casa de Melibea. Dia.)

MELIBEA.- ¡Oh, soberano Dios; a ti, que todos los atribulados llaman, los apasionados piden remedio, los llegados medicina; a ti, que los cielos, mar y tierra obedecen; a ti, humildemente suplico: des a mi herido corazón sufrimiento y paciencia, con que mi terrible pasión pueda disimular! No se desdore aquella hoja de castidad que tengo asentada sobre este amoroso deseo, publicando ser otro mi dolor, que no el que me atormenta. Pero, ¿Cómo lo podré hacer, lastimándome tan cruelmente el ponzoñoso bocado, que la vista de la presencia de aquel caballero me dio? ¡Oh género femenino, encogido y frágil! ¿Por qué no fue también a las hembras concedido poder para descubrir su congojo y ardiente amor, como a los varones? Ni Calisto viviera quejoso ni yo penada.

Escena 23: CELESTINA PROVOCA LA CURACION AMOROSA DE MELIBEA.

(Celestina, Melibea, Lucrecia)

(Casa de Melibea. Día.)

LUCRECIA.- Tía, detente un poquito. Entraré a ver con quién está hablando mi señora.

MELIBEA.- ¡Oh, vieja sabia y honrada, tú seas bienvenida!

CELESTINA.- ¿Qué es, señora, tu mal, que así muestras las señas de su tormento en los colores de tu gesto?

MELIBEA.- Madre mía, me comen el corazón serpientes dentro de mi cuerpo.

CELESTINA.- *(APARTE)* Bien está. Así lo quería yo, tú me pagarás los excesos de tu ira.

MELIBEA.- ¿Qué dices? ¿Has sentido en verme alguna causa, donde mi mal proceda?

CELESTINA.- No me has, señora, declarado la calidad del mal. Lo que yo digo es que recibo mucha pena de ver triste tu graciosa presencia.

MELIBEA.- Alégrame tú, que grandes nuevas me han dado de tu saber.

CELESTINA.- Señora, el sabedor sólo es Dios, pero alguna partecica alcanzó a esta pobre vieja, de la cual podrás ser servida.

MELIBEA.- ¡Oh, qué agradable me es oírte! Por amor de Dios, mi corazón está hecho pedazos; si tu quisieses, con muy poco trabajo lo juntarías con la virtud de tu lengua. Dame algún remedio.

CELESTINA.- Pero para yo dar, mediante Dios, áronica y saludable medicina es necesario que al médico como al confesor se le diga toda la verdad abiertamente.

- MELIBEA.- Amiga Celestina, maestra grande, tú lo pides como mujer experta en curar tales enfermedades. Mi mal es de corazón, este pecho es su aposento, tiende sus rayos a todas partes. Es algo nuevo nacido en mi cuerpo. Túrbame la cara, quitame el comer, no puedo dormir, ninguna risa querría ver. Su causa es la alteración que tú me causaste con la demanda de oración para aliviar a aquel caballero Calisto.
- CELESTINA.- ¿Tan mal nombre es el suyo, que con nombrarlo trae ponzoña su sonido? No creo que esa sea la causa, hay antes otra que yo barrunto.
- MELIBEA.- ¿Cómo, Celestina? ¿De licencia tienes tú necesidad para darme salud? Di, di, que siempre la tienes de mí, mientras mi honra no dañes con tus palabras.
- CELESTINA.- Véote, señora, por una parte quejar de dolor, por otra temer la medicina. Tu temor me produce miedo, el miedo silencio, el silencio tregua entre tu llaga y mi medicina.
- MELIBEA.- Cuanto más dilatas la cura, tanto más acrecientas y multiplicas mi pasión. Dame tu remedio sin temor.
- CELESTINA.- Si tú quieres ser sana, haz para tus manos y pies una ligadura de sosiego, para tus ojos una cobertura de piedad, para tu lengua un freno de silencio, para tus oídos unos algodones de sufrimiento y paciencia, y verás obrar a la antigua maestra de estas llagas.
- MELIBEA.- ¡Oh, cómo me muero con tu dilatar! Di, por Dios, lo que quisieres, haz lo que supieres; aunque toque mi honra, aunque dañe mi fama, aunque lastime mi cuerpo, aunque se rompan mis carnes para sacar mi dolorido corazón.
- LUCRECIA.- (APARTE) El seso tiene perdido mi señora. Gran mal es

éste. Cautivándola está la hechicera.

CELESTINA.- (APARTE) Nunca me ha de faltar un diablo acá y acullá; escapóme Dios de Pármeno, topóme con Lucrecia.

MELIBEA.- ¿Qué dices, amada maestra? ¿Qué te hablaba esa moza?

CELESTINA.- No le oí nada. Pero es muy necesario para tu salud que no esté persona delante y la debes mandar salir. Y tú, hija Lucrecia, perdona.

MELIBEA.- Salte fuera presto.

LUCRECIA.- (APARTE) ¡Ya, ya; todo está perdido! Ya me salgo, señora.

CELESTINA.- Me da osadía tu gran pena. Sospecho que es necesario que mi medicina sea más clara y que por ello el alivio sea de casa de aquel caballero Calisto.

MELIBEA.- Calla, por Dios, madre. No traigas de su casa cosa para mi provecho ni le nombres aquí.

CELESTINA.- Tu llaga es grande, tiene necesidad de áspera cura. No concibas odio ni desamor ni consientas a tu lengua decir mal de persona tan virtuosa como Calisto, que si le conocieses....

MELIBEA.- ¡Oh, por Dios, que me matas! ¿Y no te tengo dicho que no me alabes ese nombre en bueno ni en malo?

CELESTINA.- Señora, poco aprovechará mi venida si, con tu mal sufrimiento, no consientes. Si lo toleras, quedarás sana y sin deuda y Calisto sin queja y pagado.

MELIBEA.- ¿De qué ha de quedar pagado? ¿Qué le debo yo a él? ¿Qué ha hecho por mí? Más agradable me sería que rasgases mis carnes y sacases mi corazón, que no traer esas palabras aquí.

CELESTINA.- Sin romper las vestiduras se lanzó en tu pecho el amor;

no rasgaré yo tus carnes para curarte.

MELIBEA.- ¿Cómo dices que se llama éste mi dolor?

CELESTINA.- Amor dulce.

MELIBEA.- En sólo oirlo me alegro.

CELESTINA.- Es un fuego escondido, una agradable llaga, un sabroso veneno, una dulce amargura, un alegre tormento, una suave y fiera herida, una lacia muerte.

MELIBEA.- Si verdad es tu relación, dudosa será mi salud.

CELESTINA.- Cuando el alto Dios da la llaga, tras ella envía el remedio. Mayormente, cuando al mundo es nacida una flor que de todo esto te libraré.

MELIBEA.- ¿Cómo se llama?

CELESTINA.- No lo oso decir.

MELIBEA.- Di, no temas.

CELESTINA.- Calisto (*MELIBEA SE DESMAYA*) ¡Oh, por Dios, señora Melibea! ¡Oh, mezquina yo! ¡Malaventurada vieja! ¡En esto han de parar mis pasos! Si muere, matarme han. Señora mía, Melibea, ángel mio, ¿qué has sentido? Abre tus bellos ojos. ¡Lucrecia, Lucrecia! Baja presto por un jarro de agua.

MELIBEA.- Calla, calla. No escandalices la casa.

CELESTINA.- ¡Oh, pusilánime de mí! No te desmayes, señora.

MELIBEA.- No me fatigues.

CELESTINA.- ¿Pues qué me mandas que haga, perla preciosa? ¿Qué ha sido éste tu sentimiento?

MELIBEA.- Quebróse mi honestidad, aflojó mi mucha vergüenza, y con ello mi fuerza, mi lengua y gran parte de mi sentido. ¡Oh, mi buena maestra, nada te he de encubrir! Cerrado

han tus puntos mi llaga. En mi cordón le llevaste envuelta la posesión de mi libertad. Su dolor de muelas era mi mayor tormento. Mucho te debe ese señor y más yo, que jamás pudieron mis reproches aflacar tu esfuerzo. Cuando más denostada, más diligente; cuando peor respuesta, mejor cara; cuando yo más airada, tú más humilde. Has sacado de mi pecho lo que jamás a ti ni a otro pensé descubrir.

CELESTINA.- Señora, ya que tan grande merced me has hecho, declara tu voluntad, echa tus secretos en mi regazo, pon en mis manos el arreglo de este concierto. Yo haré que tu deseo y el de Calisto sean en breve cumplidos.

MELIBEA.- ¡Oh, mi Calisto y mi señor! ¡Mi dulce y suave alegría!
¡Oh, mi madre y mi señora, haz de manera que le pueda ver, si mi vida quieres!

CELESTINA.- Ver y hablar.

MELIBEA.- ¿Hablar? Es imposible.

CELESTINA.- Ninguna cosa a las hombres, que quieren hacerla, es imposible.

MELIBEA.- Dime cómo.

CELESTINA.- Yo lo tengo pensado; por entre las puertas de tu casa.

MELIBEA.- ¿Cuándo?

CELESTINA.- Esta noche.

MELIBEA.- Di a qué hora.

CELESTINA.- A las doce.

MELIBEA.- Pues ve, mi señora, mi leal amiga, y que venga silencioso, que yo le estaré esperando a la hora que has ordenado.

CELESTINA.- Adiós, que viene hacia acá tu madre.

(SALE CELESTINA)

MELIBEA.- Amiga Lucrecia, mi leal criada y fiel secretaria. Ruégote, por Dios, que todo esto se cubra con secreto sello, porque yo goce de tan suave amor.

LUCRECIA.- Señora, mucho antes que ahora tengo sentida tu llaga y callado tu deseo. Me duele fuertemente tu perdición. Pero ya que no tiene tu merced otro medio, sino morir o amar, razón es que se escoja lo que mejor de ambas cosas es.

MELIBEA.- Tú serás valorada con el agradecimiento que merece tu fiel servicio.

Escena 24: CELESTINA MIENTE A ALISA Y ESTA LO DESCUBRE.

(Celestina, Alisa, Melibea, Lucrecia)

(Casa de Melibea. Día.)

ALISA.- ¿En qué andas acá, vecina, cada día?

CELESTINA.- Señora, faltó ayer un poco de hilado al peso y lo vine a traer, porque di mi palabra, y traído, me voy. Quede Dios contigo.

ALISA.- Y contigo vaya.

Melibea, ¿qué quería la vieja?

MELIBEA.- Venderme un poquito de solimán.

ALISA.- Eso creo yo más que lo que la vieja ruin dijo. Pensó que recibiría yo pena de ello y mintióme. Guárdate hija de ella, que es gran traidora. Daña la fama. A tres veces que entra en una casa, engendra sospecha.

LUCRECIA.- *(APARTE)* Tarde se acuerda nuestra ama.

MELIBEA.- ¿De ésas es? ¡Nunca más! Me alegro de ser avisada, por saber de quién me tengo que guardar.

Escena 25: ALEGRÍA DE CALISTO AL CONOCER LOS AMORES CORRESPONDIDOS
DE MELIBEA.

(Celestina, Calisto, Sempronio, Pármeno)

(Calle. Tarde.)

SEMPRONIO.- Señor, mira que estás dando a todo el mundo que hablar. Si pasión tienes, súpuela en tu casa. No descubras tu pena a los extraños, pues está en manos el panderero que lo sabrá bien tañer.

CALISTO.- ¿En qué manos?

SEMPRONIO.- De Celestina.

CELESTINA.- ¿Qué nombráis a Celestina? ¿Qué decís de esta esclava de Calisto?

CALISTO.- ¡Oh, joya del mundo, socorro de mis pasiones, espejo de mi vista! Dime, ¿Con qué vienes? ¿Qué nuevas traes, que te veo alegre y no sé en qué está mi vida?

CELESTINA.- En mi lengua.

CALISTO.- ¿Qué dices, gloria y descanso mío?

PARMENO.- *(APARTE)* Buena viene la viaja, hermano; recaudo debe de haber.

SEMPRONIO.- Escúchala.

CELESTINA.- Todo este día, señor, he trabajado en tu negocio y he dejado perder otros. Más he dejado de ganar de lo que piensas. Pero todo vaya en buena hora. Oyeme, que en pocas palabras te lo diré: a Melibea dejo a tu servicio.

CALISTO.- ¿Qué es esto que oigo?

CELESTINA.- Que es más tuya que de sí misma.

CALISTO.- Sé comedida, madre, que dirán estos mozos que estás

loca. Melibea es mi señora, Melibea es mi Dios, Melibea es mi vida; yo su cautivo, yo su siervo.

SEMPRONIO.- ¿De qué te santiguas? Dale algo por tu trabajo; harás mejor, que eso esperan esas palabras.

CALISTO.- Bien has dicho. Madre mía, yo sé que jamás igualará tu trabajo mi liviano galardón. En lugar de manto y saya, toma esta cadenilla, ponla al cuello y procede a tus razones.

PARMENO.- (APARTE) ¿Cadenilla la llama? No estima el gasto.

SEMPRONIO.- Te oirá nuestro amo, y le tendremos a él que amansar y a ti que sanar. Oye y calla.

PARMENO.- ¡Oirá el diablo!

CELESTINA.- Señor Calisto, para una flaca vieja como yo, mucha franqueza usaste. En pago de lo cual te restituyo tu salud, tu corazón y tu seso, que se alteraba. Melibea pena por ti más que tú por ella, Melibea te ama y desea ver, Melibea se llama tuya y amansa el fuego, que más que a ti la quema.

CALISTO.- Mozos, ¿estoy yo aquí? Mozos, mirad si estoy despierto. ¡Oh señor Dios, padre celestial, ruégote que esto no sea sueño!

CELESTINA.- Despierto has de estar esta noche, en dando el reloj las doce, en su casa, para hablar con ella por entre las puertas.

CALISTO.- ¿Es posible que tal cosa me pase a mí? Muerto soy de aquí allá, no soy capaz de tanta gloria, merecedor de tan gran merced.

CELESTINA.- Siempre lo oí decir, que es más difícil sufrir la próspera fortuna que la adversa.

CALISTO.- ¿Dices que vendrá de su agrado?

CELESTINA.- Y aun de rodillas.

CALISTO.- Melibea ángel disimulado es, que vive entre nosotros.

CELESTINA.- Señor, ya he hecho todo lo que era de mi cargo. Alegre te dejo. Pártome muy contenta. Si fuera menester para esto o para más, estoy a tu servicio.

CALISTO.- Dios vaya contigo. Yo quiero dormir y reposar un rato para cumplir con lo que ha de venir.

SEMPRONIO.- (APARTE) ¿De qué te ries, Pármeno?

PARMENO.- De la prisa que la vieja tiene por irse. No puede creer que tenga en su poder la cadena ni que se la hayan dado de verdad.

SEMPRONIO.- ¿Qué quieres que haga una puta alcahueta, que suele hacer siete virgos por dos monedas, al verse cargada de oro, sino ponerse a salvo con la posesión? ¡Guárdese el diablo, si en el repartir no le saquemos el alma!

Escena 26: TEMORES DE ELICIA POR CELESTINA.

(Elicia, Celestina)

(Casa de Celestina. Noche.)

CELESTINA.- Abre, hija Elicia.

ELICIA.- ¿Cómo vienes tan tarde? No lo debes hacer, que eres vieja; tropezarás donde caigas y mueras.

CELESTINA.- No temo eso. Que jamás me subo por poyo ni calzada, sino por medio de la calle. Más quiero ensuciar mis zapatos con el lodo, que ensangrentar las tocas y los cantos. Pero dejemos mi tardanza y vayamos a cenar y dormir.

Escena 27: CHARLA AMOROSA ENTRE CALISTO Y MELIBEA A TRAVES DE LA
PUERTA.

(Calisto, Pármeno, Sempronio, Melibea, Lucrecia)

(Calle. Puerta de casa de Melibea. Noche.)

CALISTO.- Andemos por esta calle, aunque se rodee algo. Las doce dan ya; buena hora es.

PARMENO.- Cerca estamos.

CALISTO.- A punto llegamos. Acércate tú, Pármeno, a ver si es venida mi señora por entre las puertas.

PARMENO.- ¿Yo, señor? Mejor será que tu presencia sea su primer encuentro, porque viéndome a mí quizá pensará que la burlaste.

CALISTO.- ¡Qué bien has dicho! La vida me has dado con tu sutil aviso. Yo me llego allá, quedaos vosotros en ese lugar.

PARMENO.- ¿Qué te parece, Sempronio, cómo el necio de nuestro amo pensaba tomarme por escudo, para el encuentro del primer peligro? ¿Qué sé yo quién está tras las puertas cerradas? ¿Qué sé yo si hay alguna traición?

SEMPRONIO.- ¿No has de callar nunca, Pármeno?

PARMENO.- Nunca, porque estoy seguro de que esa doncella ha de ser para él cebo de anzuelo o carne de buitre.

SEMPRONIO.- Apercíbete; a la primera voz que oyeres, tomaremos calzas de Villadiego.

PARMENO.- Calzas traigo y aun borceguies de esos ligueros que tú dices, para mejor huir que otro. Que si nuestro amo es descubierto, temo que no escapará de manos de esa gente de Pleberio.

SEMPRONIO.- ¡De acuerdo estamos como buenos compañeros!

PARMENO.- Tiemblo de pensar que, por no ser acusados de cobardes, hemos de esperar aquí la muerte con nuestro amo, siendo tan merecedores de ella como él.

SEMPRONIO.- Debe haber salido Melibea. Escucha.

PARMENO.- ¡Maldito sea el diablo si no es ella, sino alguno que finja su voz!

SEMPRONIO.- Dios nos libre de traidores, no nos corten la calle por donde tenemos que huir; que de otra cosa no tengo temor.

CALISTO.- ¡Ce, señora mía!

LUCRECIA.- La voz de Calisto es ésta. ¿Quién habla? ¿Quién está fuera?

CALISTO.- Aquél que viene a cumplir tu mandato.

LUCRECIA.- Ven, señora, llega sin temor acá, que el caballero está aquí.

MELIBEA.- Mira bien si es él.

LUCRECIA.- Que sí es, que yo le conozco en la voz.

CALISTO.- Soy burlado; no era Melibea la que me habló. ¡Bullicio oigo; perdido soy! Pues viva o muera, que no he de irme de aquí.

MELIBEA.- Vete, Lucrecia. ¡Ce, señor! ¿Cómo es tu nombre? ¿Quién es el que te mandó venir?

CALISTO.- Soy tu siervo Calisto.

MELIBEA.- La sobrada osadía de tus mensajes me ha forzado a hablarte, señor Calisto. Desvía estos vanos y locos pensamientos de ti. No quieras poner mi fama en la balanza de las lenguas maldicientes. A esto fue mi venida, a

concertar tu despedida y mi reposo.

CALISTO.- ¡Oh, malaventurado Calisto! ¡Oh, engañosa mujer Celestina! ¿Por qué falseaste las palabras de ésta mi señora? ¿A qué me mandaste aquí venir? ¿Por qué me dijiste que me era favorable? ¿Adónde hay verdad? ¿En quién tendré yo fe? ¿Quién osó darme tan cruda esperanza de perdición?

MELIBEA.- Cesen, señor mío, tus querellas; que ni mi corazón puede sufrirlas, ni mis ojos disimularlo. Tú lloras de tristeza, juzgándome cruel; yo de placer, viéndote tan fiel. ¡Oh, mi señor y mi bien todo! Lo que Celestina te dijo, confirmo. Ordena de mí a tu voluntad.

CALISTO.- ¡Oh, señora mía, descanso y alivio de mi pena, alegría de mi corazón! ¿Qué lengua sería capaz de darte gracias por esta incomparable merced de permitir que tan indigno hombre pueda gozar de tu suavísimo amor?

MELIBEA.- Señor Calisto, tu mucho merecer, tus extremadas gracias, tu alto nacimiento han obrado que, tornándome aquella mujer tu dulce nombre, descubriese mi deseo y viniese a este lugar, donde te suplico ordenes y dispongas de mi persona según quieras. Las puertas impiden nuestro gozo, yo maldigo sus fuertes cerrojos y mis flacas fuerzas, que ni tú estarías quejoso ni yo descontenta.

CALISTO.- ¿Cómo, y permites que consienta a un trozo de madera impedir nuestro gozo? ¡Molestas y enojosas puertas, ruego a Dios que el fuego os abrasé! Permite, señora mía, que llame a mis criados para que las quiebren.

PARMENO.- ¿No oyes, Sempronio? A buscarnos quiere venir para que

nos den mal año. ¡En mal punto creo que empezaron estos amores! Yo no espero aquí más.

SEMPRONIO.- Calla, calla, escucha, que ella no consiente.

MELIBEA.- ¿Quieres, amor mío, perderme a mí y dañar mi fama? Si ahora quebrases las crueles puertas, amanecería en casa de mi padre terrible sospecha de mi yerro. Conténtate con venir mañana a esta hora por las paredes de mi huerto.

SEMPRONIO.- ¡Enhoramala acá vinimos! Llegará el amanecer y nos han de sentir en su casa.

PARMENO.- Va para dos horas que requiere que nos vayamos.

CALISTO.- ¡Mi bien toda! ¿Por qué llamas yerro a aquello que por los santos de Dios nos fue concedido.

PARMENO.- ¡Desvariar, Calisto, desvariar! Por fe tengo, hermano, que no es cristiano. Por los santos de Dios dice y, con esa confianza quiere quebrar las puertas; al primer golpe, será sentido y tomado por los criados de su padre.

SEMPRONIO.- En sintiendo bullicio, el buen huir nos ha de valer.

PARMENO.- Así se haga. Huyamos de la muerte, que somos mozos.

SEMPRONIO.- ¿Oyes, Pármeno? ¡A malas andan; muertos somos! Bota presto.

PARMENO.- Huye, huye, que corres poco. ¡Ay, pecador de mí, si nos han de alcanzar!

- SEMPRONIO.- ¿Mataron ya a nuestro amo?
- PARMENO.- Ni lo sé ni me importa.
- SEMPRONIO.- ¡Ce, Pármenc! Vuelve, vuelve callando, que no era sino la gente del alguacil, que pasaba haciendo estruendo por la otra calle.
- PARMENO.- Míralo bien; no te fies. Tragada tenía ya la muerte, que parecía que me venía dando golpes en la espalda. En mi vida recuerdo haber pasado tan gran temor.
- SEMPRONIO.- Verse con armas es el verdadero temor. No en balde dicen; cargado de hierro y cargado de miedo. Torna, torna, que lo del alguacil es cierto.
- MELIBEA.- ¿Qué es eso que en la calle suena? Por Dios, que estás en peligro.
- CALISTO.- Señora no temas, que a buen seguro vengo. Los míos deben ser, que son unos locos y desarman a cuantos pasan.
- MELIBEA.- ¿Son muchos los que traes?
- CALISTO.- No, sino dos; pero bravos como seis. Si no fuese por tu honra, pedazos harían estas puertas.
- MELIBEA.- ¡Oh, por Dios, no se cometa tal cosa!
- PARMENO.- ¡Señor, vayámonos presto, que viene mucha genta con antorchas y serás visto y conocido!
- ALISA.- ¡Melibea, Melibea!
- CALISTO.- ¡Oh, mezquino de mí, que me es forzado partir! Los ángeles queden en tu presencia. Volveré por el huerto.
- MELIBEA.- Así sea y vaya Dios contigo.
- ALISA.- ¡Melibea, Melibea!
- MELIBEA.- Señora.

- ALISA.- ¿Qué bullicio es ése, hija?
- MELIBEA.- Lucrecia, que salió por un jarro de agua para mí, que tenía sed.
- ALISA.- Duermes, hija; pensé que era otra cosa.
- LUCRECIA.- (*APARTE*) Poco estruendo la despertó.
- MELIBEA.- No hay tan manso animal que por temor de sus hijos no se inquiete.

Escena 28: ALABANZAS DE CALISTO A SUS CRIADOS.

(Calisto, Pármene, Sempronio)

(Calle. Noche.)

SEMPRONIO.- Debes, señor, reposar y dormir lo que queda de aquí al día.

CALISTO.- Pláceme. ¿Qué te parece, Pármene, la vieja de quién tanto desconfiabas? ¿Qué fuera hecho sin ella?

PARMENO.- Conocía a Celestina y sus mañas. Te avisé como a señor; pero ya me parece que es otra.

CALISTO.- ¿Habés dormido algún rato?

SEMPRONIO.- ¿Dormir, señor? No descansaron los pies, mirando a todas partes, y dispuestos a saltar presto para la defensa. Pármene, aunque te parecía que no servía de buena gana, en cuanto vio lo de las antorchas, se lanzó como lobo a quitárselas, hasta que vio que eran muchos.

CALISTO.- No te maravilles, que procede de su natural ser osado. Ya dije a Melibea lo seguras que tengo mis espaldas con vuestra ayuda y guarda. Yo os galardonaré cumplidamente vuestro buen servicio. Id con Dios a reposar.

(SALD)

PARMENO.- ¿Adónde iremos Sempronio? ¿A la cama a dormir o a la cocina a almorzar?

SEMPRONIO.- Ve tú donde quisieres; que, antes que venga el día, quiero yo ir a Celestina a cobrar mi parte de la cadena. No le quiera dar tiempo a que fabrique alguna ruindad con que nos excluya.

PARMENO.- Bien dices; lo había olvidado. Vayamos ambos, que sobre dinero no hay amistad.

Escena 29: ENFRENTAMIENTOS POR LA CADENA Y MUERTE DE CELESTINA.

(Celestina, Pármeno, Sempronio)

(Casa de Celestina. Noche.)

SEMPRONIO.- Señora Celestina, abre, que son tus hijos.

CELESTINA.- No tengo hijos que anden a tal hora.

SEMPRONIO.- Abrenos a Pármeno y a Sempronio, que venimos a almorzar contigo.

CELESTINA.- ¡Oh, locos traviesos; entrad, entrad! ¿Qué os ha pasado? ¿Despidióse la esperanza de Calisto o vive todavía con ella?

SEMPRONIO.- Si por nosotros no fuera, ya anduviera su alma buscando posada para siempre.

CELESTINA.- ¡Jesús! ¿En tanta afrenta os habeis visto? Cuéntamelo, por Dios.

SEMPRONIO.- La sangre me hierve en el cuerpo en tornarlo a pensar.

CELESTINA.- Reposas, por Dios, y dímelo.

PARMENO.- Cosa larga le pides, según venimos alterados y cansados del enojo que hemos tenido. Almorcemos, que quizá nos amanse algo la alteración que traemos. Mi gloria sería ahora vengar mi ira en los que la causaron, con su cobarde huida.

CELESTINA.- ¡Me espanto en verte tan fiero! Creo que burlas. Dime Sempronio; ¿qué os ha pasado?

SEMPRONIO.- Por Dios, sin seso vengo, desesperado; traigo todas las armas despedazadas, el escudo sin aro, la espada como sierra, el casquete abollado. Que no tengo con que salir con mi amo, cuando menester haya. Ni un maravedí rodó de su bolsa.

CELESTINA.- Pídelo, hijo, a tu amo, pues en su servicio se gastó y quebró. Pues sabes que es persona que luego lo cumplirá.

SEMPRONIO.- ¿Cómo quieres que le sea tan importuno en pedirle más de lo que él de su propio grado hace? Díonos las cien monedas, díonos después la cadena. Caro le costará este negocio. Contentémonos con lo razonable, no lo perdamos todo por querer más de la razón.

CELESTINA.- ¡Gracioso es el asno! ¿Estás en tu seso, Sempronio? ¿Qué tiene que hacer tu galardón con mi salario? A osadas, que me maten, si no te has asido a una palabrilla, que te dije el otro día viniendo por la calle, que cuanto yo tenía era tuyo. Ya sabes, Sempronio, que estos ofrecimientos, estas palabras de buen amor no obligan. Verás, aunque soy vieja, si acierto lo que tú puedes pensar. Pues has de saber, hijo, que no ha de ser oro todo cuanto reluce, y tengo un pesar que se me quiere salir este alma de enojo. Dí a esa loca de Elicia la cadenilla que traje, para que holgase con ella, y no se puede acordar donde la puso. Toda la noche pasamos buscándola. No por el valor de la cadena, que no era mucho; sino por el mal cobro de ella. Aunque mucho temo que unos conocidos y familiares míos que entraron la hayan burlado. Así que, hijos, si algo vuestro amo a mí me dio, debéis mirar que es mío; que de tu jubón de brocados no te pedí yo parte ni la quiero. Sirvamos todos, que a todos dará, según viere que lo merecen. Que si me ha dado algo, dos veces he puesto por él mi vida. Pero aun con todo lo que he dicho, no os despidáis, si mi cadena aparece, de sendos pares de calzas de grana. Y si no, recibid la voluntad, que yo me callaré con mi pérdida.

SEMPRONIO.- No es ésta la primera vez que yo he dicho cuánto en los

viejos reina este vicio de codicia. ¡Cuántas veces esta vieja dijo que me llevase yo todo el provecho, si quisiese, de este negocio! Ahora que lo ve crecido, no quiere dar nada.

PARMENO.- Que te dé lo prometido o tomémoslo todo. Ya te decia yo quién era esta vieja.

CELESTINA.- Si mucho enojo traéis con vosotros o con vuestro amo o armas, no lo quebréis en mí. Que bien sé dónde nace esto, bien sé y barrunto de qué pie cojeáis. Pensáis que os he de tener toda vuestra vida atados y cautivos con Elicia y Areúsa, sin querer buscaros otras. Pues, callad, que quien éstas os supo acarrear, os dará otra diez. Y si sé cumplir lo que prometo en este caso, dígalo Pármeno.

SEMPRONIO.- No entremetas burlas a nuestra demanda, que con ese galgo no tomarás, si yo puedo, más liebres. Dános las dos partes por cuenta de cuanto de Calisto has recibido, no quieras que se descubra quien tú eres.

CELESTINA.- ¿Quién soy yo, Sempronio? ¿Quitásteme de la puteria? Calla tu lengua, no amengües mis canas, que soy una vieja cual Dios me hizo, no peor que todas. Vivo de mi oficio, como cada cual del suyo. Y no pienses con tu ira maltratarme, que justicia hay para todos. Y tú, Pármeno, no pienses que soy tu cautiva por saber mis secretos y mi vida pasada y los casos que nos acaecieron a mí y a la desdichada de tu madre.

PARMENO.- No me hanches las narices con esas memorias; si no, te enviaré con nuevas a ella, donde mejor te puedas quejar.

CELESTINA.- ¡Elicia, Elicia! ¡Levántate! ¿Qué es esto, qué quieren decir tales amenazas en mi casa? ¿Con una oveja mansa tenéis vosotros manos y braveza? ¿Con una gallina atada?

¿Con una vieja? ¡Allá, allá, con los hombres como vosotros; contra los que ciñen espada, mostrad vuestras iras. Señal es de gran cobardía acometer a los mejores y a los que poco pueden.

SEMPRONIO.- ¡Oh, vieja avarienta, garganta muerta de sed por dinero! ¿No te contentas con la tercera parte de lo ganado?

CELESTINA.- ¿Qué tercera parte? Vete con Dios de mi casa. No me hagáis dar voces para que salgan a la plaza las cosas de Calisto y vuestras.

ELICIA.- Mete, por Dios, la espada. Tenle, Pármene, tenle, no la mate ese desvariado.

CELESTINA.- ¡Justicia, justicia, señores vecinos; justicia, que me matan en mi casa estos rufianes!

SEMPRONIO.- ¿Rufianes? Esperad, doña hechicera, que yo te haré ir al infierno con embustes.

CELESTINA.- ¡Ay, que me ha muerto! ¡Ay, ay! ¡Confesión, confesión!

PARMENO.- ¡Dale, dale, acábalo, pues comenzaste! ¡Muera, muera; de los enemigos los menos!

CELESTINA.- ¡Confesión!

ELICIA.- ¡Oh crueles enemigos, en mal poder os veáis! ¡Muerta es mi madre y mi bien todo!

SEMPRONIO.- ¡Huye, huye, Pármene, que llega mucha gente! ¡Aguarda, que viene el alguacil!

PARMENO.- ¡Oh, pecador de mí, que no hay por donde nos vayamos, que está tomada la puerta!

SEMPRONIO.- Saltemos por la ventana. No muramos en poder de justicia.

PARMENO.- Salta, que yo tras ti voy.

3 Parte

Escena 30: DULCE DESPERTAR DE CALISTO Y AMARGAS NOTICIAS.

(Calisto, Sosia)

(Casa de Calisto. Día.)

CALISTO.- ¡Oh, con cuánto placer he dormido después de aquel azucarado rato, después de aquel angélico razonamiento! El sosiego y descanso, ¿proceden de mi alegría, mi mucho dormir o la gloria y placer del ánimo? Y no me maravillo que lo uno y lo otro se juntasen a cerrar los candados de mis ojos. ¡Oh, señora y amor mío, Melíbea! ¿Qué piensas ahora? ¿Duermes o estás despierta? ¿Piensas en mí o en otro? ¿Estás levantada o acostada? ¡Oh, dichoso y bienandante Calisto, si verdad es que no ha sido sueño lo pasado! Mas no estuve solo; mis criados me acompañaron. Si ellos dicen que pasó en verdad, creerlos he. Quiero mandarlos llamar para más confirmar mi gozo. ¡Pármemo, Sempronio!

SOSIA.- ¡Señor, señor!

CALISTO.- ¿Qué es eso, locos?

SOSIA.- Señor, levanta. ¡Oh, malaventura! ¡Oh, desdichados mancabos! Nuestros compañeros, nuestros hermanos.... Sempronio y Pármemo quedan degollados en la plaza, como públicos malhechores, con pregones que manifiestan su delito.

CALISTO.- ¡Oh, válgame Dios! ¿Qué es esto que me dices? ¿Los viste tú?

SOSIA.- Yo los vi.

CALISTO.- Mira qué dices, que esta noche han estado conmigo.

SOSIA.- Pues madrugaron a morir.

CALISTO.- ¡Oh, mis leales criados! ¡Oh, mis fieles servidores y

consejeros! ¿Puede ser tal cosa verdad? ¡Oh, difamado Calisto! Deshonrado quedas para toda tu vida. Dime, por Dios, Sosia ¿qué fue la causa? ¿Qué decía el pregón? ¿Dónde los tomaron? ¿Qué justicia lo hizo?

SOSIA.- Señor, la causa de su muerte publicaba el cruel verdugo a voces, diciendo: "Manda la justicia que mueran los violentos matadores".

CALISTO.- ¿A quién mataron tan presto? ¿Qué puede ser esto? No hace cuatro horas que de mí se despidieron. ¿Cómo se llamaba el muerto?

SOSIA.- Era una mujer que se llamaba Celestina.

CALISTO.- Pues si eso es verdad, mátame tú a mí, yo te perdono, si Celestina es la muerta.

SOSIA.- Ella misma es. De más de treinta estocadas la vi llagada, tendida en su casa, llorándola su criada.

CALISTO.- ¡Oh, tristes mozos! ¿Cómo iban? ¿Viéronte? ¿Habláronte?

SOSIA.- ¡Oh, señor, que si los vieras, quebraras el corazón de dolor!. El uno llevaba todos los sesos de la cabeza fuera; el otro, quebrados ambos brazos y la cara magullada. Todos llenos de sangre. Que saltaron de unas ventanas muy altas por huir del alguacil. Y así casi muertos les cortaron las cabezas.

CALISTO.- Rogara a Dios que fuera yo ellos y perdiera la vida y no la honra, y no la esperanza de conseguir mi comenzado propósito, que es lo que más siento. ¡Oh, mi triste nombre y fama, cómo andas de boca en boca! ¡Oh, mis secretos más secretos, cuán públicos andáreis por las plazas y mercados! Dime, Sosia, ¿Cuál era la causa por la que mataron a Celestina?

SOSIA.- Señor, su criada, dando voces, llorando su muerte, la

publicaba a cuantos la querían oír, diciendo que porque no quiso partir con ellos una cadena de oro que tú le diste.

CALISTO.- ¡Oh, mi gozo, cómo te vas disminuyendo! Mucho había anoche alcanzado; mucho tengo hoy perdido. ¡Oh, fortuna, cuánto y por cuántas partes me has combatido! Pues, por más mal daño que me venga, no dejaré esta noche de cumplir el mandado de aquella por quién todo esto se ha causado. Ellos eran audaces y esforzados; ahora o en otro tiempo habían de pagarlo. La vieja era mala y falsa, según parece hacía tratos con ellos, así es que riñeron. Permisión fue divina que así acabase en pago de muchos adulterios que por su intercesión son cometidos. Mañana haré que vengo de fuera, para vengar estas muertes; si no, purgaré mi inocencia con mi fingida ausencia o me fingiré loco, para mejor gozar de este sabroso deleite de mis amores.

Escena 31: AMORES DE CALISTO Y MELIBEA Y RUMORES DE CRIADOS.

(Calisto, Melibea, Tristán, Sosia, Lucrecia)

(Casa de Melibea. Noche.)

MELIBEA.- Mucho se tarda el caballero que esperamos. ¿Qué crees tú de su tardanza, Lucrecia?

LUCRECIA.- Señora, que tiene justo impedimento y que no está en su mano venir más presto.

MELIBEA.- ¿Quién sabe si él, con voluntad de venir al prometido plazo, fue topado con alguaciles nocturnos y sin conocerle le han ofendido, y él por defenderse les ofendió? ¿O si ha caído en alguna calzada o hoyo, donde algún daño le viniese? ¿O los ladradores perros con sus crueles dientes....? Mas, oye, oye, que pasos suenan en la calle.

SOSIA.- Arrima la escala, Tristán, que éste es el mejor lugar, aunque alto.

TRISTAN.- Sube, señor. Yo iré contigo, porque no sabemos quién está dentro.

CALISTO.- Quedaos, que yo entraré solo, que a mi señora oigo.

(SUBE POR LA ESCALERA)

MELIBEA.- Es tu sierva, es tu cautiva, es la que más tu vida que la suya estima. ¡Oh, mi señor, no saltes de tan alto, que me moriré en verlo!

CALISTO.- ¡Oh, angélica imagen; oh, preciosa perla ante quien el mundo es feo; oh, mi señora y mi gloria! En mis brazos te tengo y no lo creo.

MELIBEA.- Señor mio, goza de lo que yo gozo, que es ver y llegar a tu persona. Guárdate de dañar lo que con todos los

tesoros del mundo no se restaura.

CALISTO.- Señora, por conseguir esta merced toda mi vida he gastado; nadando por este fuego de tu deseo, ¿no quieres que me arrime al dulce puerto a descansar de mis pasados trabajos?

MELIBEA.- Por mi vida, que aunque hable tu lengua cuanto quisiere, no obren las manos cuanto pueden. Está quedo, señor mío. Bástete, pues ya soy tuya, gozar de lo exterior.

CALISTO.- Perdona, señora, a mis desvergonzadas manos, que jamás pensaron tocar tu ropa con su indignidad y poco merecer; a lo único que aspiran es a llegar a tu gentil cuerpo y lindas y delicadas carnes.

MELIBEA.- Apártate allá, Lucrecia.

CALISTO.- ¿Por qué, mi señora? Bien me huelga que estén semejantes testigos de mi gloria.

MELIBEA.- Yo no los quiero de mi yerro. Si pensara que tan desmesuradamente había de estar conmigo, no fiara mi persona de tu cruel conversación.

SOSIA.- Tristán, bien oyes lo que pasa. ¡En qué términos anda el negocio!

TRISTAN.- Oigo tanto, que juzgo a mi amo por el más bienaventurado hombre que nació.

SOSIA.- Con su pan se lo coma, que bien caro le cuesta; dos mozos entraron en la salsa de estos amores.

TRISTAN.- Ya los tiene olvidados. Ellos alegres y abrazados, y sus servidores con harta mengua degollados.

MELIBEA.- ¡Oh, mi vida y mi señor! ¡Cómo has querido que pierda el

nombre y corona de virgen por tan breve deleite? ¡Oh, traidora de mí, cómo no miré primero el gran yerro que se seguía con tu entrada, el gran peligro que me esperaba!

SOSIA.- ¡Antes quisiera yo oír esos lamentos! Todos sabéis esa oración después que no puede dejar de ser hecho! ¡Y el bobo de Calisto, que se la escucha!

CALISTO.- ¿Ya quiere amanecer?

MELIBEA.- Señor, por Dios, pues ya soy tu dueña, pues ya no puedes negar mi amor, las noches que ordenares, sea tu venida por este secreto lugar a la misma hora. Y por el presente vete con Dios antes de que amanezca.

CALISTO.- Mozos, poned la escala.

SOSIA.- Señor, vesla aquí. Baja.

MELIBEA.- Lucrecia, vente acá, que estoy sola. Que el señor se ha ido. Conmigo deja su corazón, consigo lleva el mío ¿Nos has oído?

LUCRECIA.- No, señora, que durmiendo he estado.

SOSIA.- Tristán, debemos ir callados, que a estas horas suelen levantarse devotos, enamorados, labradores y pastores y podría ser que al oírnos peligrase la honra de nuestro señor y la señora Melibea.

TRISTAN.- ¡Oh simple rascacaballos! Dices que calleemos y pronuncias el nombre de ella.

CALISTO.- Entrad callando, no nos sientan. Vamos a reposar, que yo

quiero ir solo a mi cámara. Id vosotros a vuestras camas.

SOSIA.- Tristán, ¿qué te parece nuestro amo Calisto? ¿Piensas tú que le penan a él mucho los muertos?

TRISTAN.- No tanto como a aquella que viene enlutada y con lágrimas en los ojos.

Escena 32: ELICIA TRAE LAS MALAS NUEVAS A AREUSA.

(Areusa, Elicia, Centurio)

(Casa de Areusa. Día.)

ELICIA.- ¿Qué vocear es éste de mi prima? ¿Llora por Pármeno?. Llore, llore, vierta lágrimas, pues no se hallan hombres así en cada rincón. Métese cabellos como yo triste he hecho.

AREUSA.- Vete de mi casa, rufian, bellaco, mentiroso, burlador. Yo te di sayo y capa, espada, camisas, armas y caballo, púsete con señor que no le merecias descalzar; ahora una cosa que te pido que por mi hagas, pónesme mil achaques.

CENTURIO.- Hermana mia, mándame tú matar con diez hombres por tu servicio.

AREUSA.- ¿Por qué te jugaste el caballo, tahúr, bellaco? Que si por mí no hubiese sido, estarías tú ya ahorcado. Tres veces te he librado de la justicia. ¿Por qué lo hago? ¿Por qué le consiento entrar por mis puertas? No te vea yo más, no me hables ni digas que me conoces; si no, por los huesos del padre que me hizo y de la madre que me parió, yo te haga dar mil palos en esas espaldas de molinero.

CENTURIO.- Pues, si yo me ensaño, alguna llorará. Mas quiero irme y no sufrirte. *(SE VA)*

AREUSA.- ¿Eres tú, mi Elicia? ¡Jesús, Jesús, no lo puedo creer? ¿Quién te me cubrió de dolor? Dime presto qué cosa es, que estoy sin tiento.

ELICIA.- Poco es lo que muestro con lo que siento y encubro. No puedo de ronca sacar la voz del pecho.

AREUSA.- ¡Ay, triste, que me tienes suspensa! ¿Es común de en-

treambas este mal? ¿Tócame a mí?

ELICIA.- ¡Ay, prima mía y mi amor! Sempronio y Pármeno ya no viven, ya no están en el mundo.

AREUSA.- ¿Qué me cuentas? No me lo digas. Calla, por Dios, que me caeré muerta.

ELICIA.- Pues más mal hay. Celestina, aquella que tú bien conociste, aquella que yo tenía por madre, ya está dando cuenta de sus obras. Mil cuchilladas les vi dar ante mis ojos; en mi regazo me la mataron.

AREUSA.- ¡Oh acelerados desastres! ¿Quién los mató? ¿Cómo murieron? Estoy embelesada, sin tiento, como quien cosa imposible oye. Cuéntame.

ELICIA.- Ya les oíste hablar, hermana, de los amores de Calisto y la loca de Melibea....

Escena 33: DUDAS DE CALISTO.

(Calisto)

(Casa de Calisto. Día.)

CALISTO.- ¡Ay, mezquino de mí! ¡Cómo siento ahora la herida que se ha enfriado! Ahora que está helada la sangre que ayer hervía; ahora que veo la mengua de mi casa, la falta de mi servicio, la perdición de mi patrimonio, la infamia de mi persona; con la muerte de mis criados se abre y supura. ¿Qué hice? ¿Por qué no me mostré presente, como hombre injuriado de la manifiesta injusticia que fue hecha? Salir quiero; pero, si salgo para decir que he estado presente, es tarde; si ausente, es temprano. ¿Qué hacer? Acuérdate, Calisto, del gran gozo pasado. Acuérdate de tu señora y tu bien todo. De día estaré en mi cámara, de noche en aquel paraíso dulce, en aquel alegre vergel, entre aquellas suaves plantas. ¡Oh, noche de mi descanso si fueras ya tornada! ¡Oh, deleitosas estrellas, aparecéos ante mis ojos! ¡Oh, espacioso reloj, aún te vea yo arder en vivo fuego de amor!

Escena 34: ELICIA Y AREUSA PLANEAN SU VENGANZA.

(Areusa, Elicia)

(Casa de Areusa. Día.)

AREUSA.- ¡Oh, mi Pármeno y mi amor, y cuánto dolor me pone su muerte!

ELICIA.- ¿Adónde iré, que pierdo madre, manto y abrigo; pierdo amigo que nunca faltaba de ser marido? ¡Oh, Celestina sabia, honrada y autorizada; tú entrabas continuo como abeja por casa, yo destruía, que otra cosa no sabia hacer ¡Oh, Calisto y Melibea, causadores de tantas muertes! ¡Mal fin hayan vuestros amores, en mal sabor se conviertan vuestros dulces placeres!

AREUSA.- Calla, por Dios, hermana, pon silencio a tus quejas, ataja tus lágrimas. Que cuando una puerta se cierra, otra suele abrir la fortuna, y este mal se soldará. Muchas cosas se pueden vengar que es imposible remediar y ésta tiene el remedio dudoso pero la venganza en la mano.

ELICIA.- Y de lo que más dolor siento, es que aquel vil no deja de ver y festejar cada noche a su estiércol de Melibea, y ella muy ufana en ver sangre vertida por su servicio.

AREUSA.- Si eso es verdad, ¿de quién mejor se pueda tomar venganza? Déjame tú, que si les descubro el rastro, haré que les amarguen los amores. Aquel a quien me viste que reñía cuando entrabas, será peor verdugo para Calisto que Sempronio para Celestina. Dime tú de quién puedo yo saber cómo pasa el negocio, que haré armar un lazo con que Melibea lllore cuanto ahora goza.

ELICIA.- Yo conozco a otro compañero de Pármeno, que se llama Sosia, que le acompaña cada noche. Yo le trabajaré para

sonsacarle todo el secreto.

AREUSA.- Hazme ese placer, envíame acá a ese Sosia. Yo le halagaré y diré mil lisonjas y ofrecimientos. Después a él y a su amo les haré pagar el placer comido. Y tú, Elicia, alma mía, no recibas pena. Pasa a mi casa tu ropa y alhajas y vente a mi compañía, que estarás muy sola. De un pan que yo tenga, tendrás tú la mitad. Que ya lo hecho es sin remedio y los muertos irrecuperables ¡Ay, prima, prima, cómo sé yo, cuando me ensaño, resolver estas trampas! Centurio me vengará.

Escena 35: PLANES DE BODA Y RECHAZO DE MELIBEA.

(Melibea, Lucrecia, Pleberio, Alisa)

(Casa de Melibea. Mediodía.)

LUCRECIA.- *(APARTE)* ¡Mala vejez se os apareja, Melibea! Lo mejor, Calisto lo lleva. No hay quien ponga virgos, que ya es muerta Celestina.

MELIBEA.- ¿Qué haces ahí escondida, loca?

LUCRECIA.- Llégate aquí, señora, oirás a tus padres la prisa que traen por casarte.

MELIBEA.- Calla, por Dios, que te oirán. Un mes hace que no hablan de otra cosa. No parece sino que les dice el corazón el gran amor que a Calisto tengo. ¿Quién es el que me ha de quitar mi gloria? Calisto es mi ánimo, mi vida, mi señor, en quien yo tengo todas mis esperanzas. Pues él me ama. En pensar en él me alegro, en verlo me gozo, en oírlo me glorifico. Déjenme mis padres gozar de él, si ellos quieren gozar de mí. Que más vale ser buena amiga que mala casada. No tengo otra lástima sino por el tiempo que perdí en no gozarlo. No quiero marido, no quiero ensuciar los nudos del matrimonio. Faltándome Calisto, me falta la vida. Gozarla quiero con él.

LUCRECIA.- Calla, señora, escucha, que todavía perseveran.

PLEBERIO.- Pues, ¿qué te parece, señora mujer? ¿Debemos hablar a nuestra hija, debemos comunicarle los pretendientes, para que diga cuál le agrada?

ALISA.- ¿Qué dices? ¿Y piensas que sabe ella qué cosas sean hombres? ¿Si se casan o qué es casar? ¿O que del ayuntamiento de marido y mujer se procrean los hijos? No lo

creas, que si alto o bajo, feo o gentil le mandaremos tomar, a ella le placirá y lo tendrá por bueno. Que yo sé bien lo que tengo criado en mi guardada hija.

MELIBEA.- Lucrecia, Lucrecia, corre presto, interrúmpales sus alabanzas, si no quieres que vaya yo dando voces como loca, según estoy enojada del concepto engañoso que tienen de mi ignorancia.

LUCRECIA.- Ya voy, señora.

Escena 36: ELICIA RETIRA SU LUTO.

(Elicia)

(Casa de Celestina. Día.)

ELICIA.- Mal me va con este luto. Poco se visita mi casa, poco se pasea mi calle, y lo que es peor, ni dineros ni presentes veo entrar por mi puerta. De todo esto tengo yo la culpa, que si tomara el consejo de aquella que bien me quiere, no me viera ahora entre dos paredes sola, que de asco ya no hay quien me vea. El diablo me da tener dolor por quien no sé si, yo muerta, lo tuviera. Sempronio holgara, yo muerta; pues, ¿por qué, loca, me peno yo por él degollado? Quiero en todo seguir el consejo de Areúsa, que sabe más del mundo que yo. Depongo, pues, el luto, dejo tristeza, despido lágrimas. *(SE CAMBIA DE ROPA)* Ande, pues, mi espejo y alcohol, que tengo dañados los ojos, anden mis ropas de placer. Daré color a mis cabellos, contaré mis gallinas, haré mi cama, barreré mi puerta y regaré la calle, para que los que pasen vean que ya ha sido desterrado el dolor. Iré a ver a prima, por preguntarle si ha ido ya Sosia. Jamás está desacompañada de galancos, como buena taberna de borrachos.

Escena 37: TRETAS DE AREUSA PARA SONSACAR A SOSIA.

(Areúsa, Sosia, Elicia)

(Casa de Areúsa. Tarde.)

AREUSA.- Elicia, hermana, pláceme mucho verte con el hábito mudado de tristeza. Ahora gozaremos juntas y nos visitaremos; que quizás para bien fue la muerte de Celestina. Los muertos abren los ojos de los que viven, a unos con hacienda, a otros con libertad, como a ti.

ELICIA.- A tu puerta llaman.

SOSIA.- Abreme, señora. Sosia soy, criado de Calisto.

ELICIA.- Por él te venía a preguntar.

AREUSA.- Escóndete Elicia y verás cómo le saco lo suyo y lo ajeno del buche con halagos. ¿Es mi Sosia, mi secreto amigo? ¿El que deseo conocer por su buena fama? Abrazarte quiero, amor, que ahora que te veo creo que hay más virtudes en ti que todos me decían. Dime señor, ¿me conocías ante de ahora?

SOSIA.- Señora, la fama de tu gentileza, de tus gracias y saber, vuela por esta ciudad.

ELICIA.- *(APARTE)* ¡Oh, hideputa el muerto de hambre, y cómo se desasna!

AREUSA.- Hágote cierto, Sosia, que no tienes necesidad de engañosas alabanzas; sin que me alabes te amo, que ya me tienes ganada. Envié a rogar que me vieses por dos razones.

SOSIA.- Señora mía, no me siento digno para descalzarte.

AREUSA.- Amor mio, ya sabes cuánto quise a Pármeno, y como dicen: Quién quiere a Beltrán, quiere a su can; así es que a mí

todos sus amigos me agradaban. Te digo esto, para que conozcas el amor que te tengo y cuánto tu visitación siempre me alegrará. Lo otro es avisarte que te guardes de peligros y más de descubrir secretos a ninguno, que no querría verte morir malogrado como a tu compañero. Ya me basta haber llorado a uno. Porque has de saber que vino a mí una persona y me dijo que le habías tú descubierto los amores de Calisto y Melibea, y cómo ibas cada noche a acompañarle. Mira, amigo, que no guardar secreto es propio de las mujeres. No de todas, sino de las bajas y de los niños. Mira que te puede venir gran daño. Cuando vayas con tu amo no hagas bullicio, que otros me dijeron que ibas cada noche dando voces, como loco de placer.

SOSIA.- ¡Quien te dijo que de mi boca lo había oído, no dice verdad!. Y la prueba es que en un mes no hemos ido ocho veces, y siempre después de las doce, en el dulzor del primer sueño.

AREUSA.- Pues por mi vida, amor mío, porque yo les acuse y coja en falso testimonio, dejame en la memoria los días que habéis concertado de salir y, si yerran, estaré segura de tu secreto y sus calumnias.

SOSIA.- Pues, sin ir más lejos, esta noche en dando el reloj las doce está concertada su visitación por el huerto.

AREUSA.- ¿Y por qué parte, alma mía, para que mejor los pueda contradecir, si anduvieran errados vacilando?

SOSIA.- Por la calle del vicario gordo, a las espaldas de su casa.

ELICIA.- (APARTE) ¡Ya te tiene, don andrajoso! ¡Maldito sea el que en manos de tal bruto se confía!

- AREUSA.- Hermano Sosia, esto hablado, me basta para hacerme cargo de tu inocencia. Vete con Dios, que estoy ocupada en otro negocio y me he detenido mucho contigo.
- SOSIA.- Graciosa y suave señora, perdóname si te he enojada con mi tardanza. Y queden los ángeles contigo.
- AREUSA.- Dios te guie. Hermana, sal acá. ¿Qué te parece? Así salen de mis manos los asnos, apaleados como éste. Pues, prima, aprende, que otra arte es ésta que la de Celestina; aunque ella me tenía por boba, porque yo quería serlo. *(SALEN CALLE)* Y ahora vayamos a casa del cara de ahorcado al que eché de casa el otro día. Haz tú como que nos quieres hacer amigos y que me rogaste que fuera a verlo.

Escena 38: NEGOCIOS DE MUERTE CON CENTURIO.

(Centurio, Areusa, Elicia)

(Casa de Centurio. Día.)

CENTURIO.- ¿Quién osa entrar sin llamar a la puerta? No te cubras con el manto, señora; que yo sé que quien acompaña a Elicia no puede traer más que placer.

AREUSA.- No entremos, por mi vida, que el muy bellaco se pavonea, pensando que le vengo a rogar.

CENTURIO.- Tenla, por Dios, señora, tenla; no se te suelta.

ELICIA.- Maravillada estoy, prima, de tu buen seso. Llégate acá, señor Centurio, que por mi alma yo haré que te abrace.

AREUSA.- Mejor lo vea yo en poder de justicia y morir a mano de sus enemigos, antes que tal gozo le dé. ¿Por qué tengo yo que abrazar a quien rechaza traerme una carga de agua?

CENTURIO.- Mándame tú, señora, cosa que yo sepa hacer, cosa que sea de mi oficio. Matar un hombre, cortar una pierna o brazo, marcar la cara de alguna que se haya igualado contigo. No me pidas que ande camino ni que te dé dinero. Ninguno da lo que no tiene.

ELICIA.- Como un santo está obediente, como ángel te habla, a toda razón se allega; ¿qué mas le pides? Por mi vida que le hables y pierdas enojo.

CENTURIO.- Yo te juro por el santo martirilogio que continuo pienso cómo la tenga contenta y jamás acierto.

AREUSA.- Pues aquí te tengo, a tiempo somos. Yo te perdono, con condición que me vengues de un caballero, que se llama Calisto, que nos ha enojado a mí y a mi prima.

- CENTURIO.- Dime si está confesado.
- AREUSA.- No seas tú cura de su alma.
- CENTURIO.- Pues sea así. Enviémosle a comer al infierno sin confesión.
- AREUSA.- Esta noche lo tomarás.
- CENTURIO.- No me digas más, estoy al cabo de todo. Sus amores, los muertos, lo que os tocaba a vosotras, por dónde va, a qué hora y con quién es. ¿Cuántos son los que le acompañan?
- AREUSA.- Dos mozos.
- CENTURIO.- Pequeña presa es esa, poco cabo tiene ahí mi espada. Mejor cebara ella en otra parte esta noche, que estaba concertada.
- AREUSA.- A otro perro con ese hueso. Aquí quiero ver si decir y hacer comen juntos a tu mesa.
- CENTURIO.- Si mi espada dijese lo que hace, doscientos años estaríais escuchando, y no se cansaría de hablar. ¿Quién sino ella puebla los cementerios? ¿Quién da trabajo a los armeros? ¿Quién destroza la malla más fina? Veinte años hace que me da de comer. Por ella soy temido de hombres y querido de mujeres; a excepción de ti. Por ella le dieron Centurio por nombre a mi abuelo y Centurio se llamó mi padre y Centurio me llamo yo.
- AREUSA.- Reposemos de linaje y hazañas viejas. Si has de hacer lo que digo, sin dilación determina, porque nos queremos ir.
- CENTURIO.- Más deseo yo la noche por tenerte contenta, que tú por verte vengada. Escoge qué muerte quieres que le dé. Te mostraré un repertorio en que hay setecientas y setenta

especies de muerte; verás cuál más te agrada.

ELICIA.- Areúsa, por mi amor, que no se ponga este hecho en manos de tan fiero hombre, que nos escandalizará a toda la ciudad.

CENTURIO.- La que estos días yo uso y más traigo entre manos son espaldarazos con sangre o porradas de pomo de espada o revés mañoso; a otros, agujereo como criba a puñaladas, tajo largo, estocada temerosa, tiro mortal. Algún día doy palos por dejar holgar mi espada.

ELICIA.- Por Dios, déle palos, porque quede castigado y no muerto.

AREUSA.- Hermana, no seamos nosotras lastimeras; mátele como se le antojare. Llore Melibea como tú has hecho. Dejémosle. Centurio, de cualquier muerte holgaremos.

CENTURIO.- Muy alegre quedo, señora mía, que se ha ofrecido caso, aunque pequeño, en que conozcas lo que yo sé hacer por tu amor.

AREUSA.- Pues Dios te dé buena manoderecha y a él te encomiendo, que nos vamos.

CENTURIO.- El te guie y te dé más paciencia con los tuyos. ¡Allá van estas putas atestadas de razones! Ahora quiero pensar cómo me excusaré de lo prometido. Me haré el doliente; pero, ¿qué aprovecha? No se apartarán de la demanda, cuando sane. ¡Helo todo perdido! Enviaré a llamar a Traso, el cojo, y a sus dos compañeros y decirles que, porque yo estoy ocupado esta noche en otro negocio, vaya a repiquetear con la espada para espantar a unos galanteadores. No conseguirán ningún daño, lo más hacerlos huir y volverse a dormir.

Escena 39: AMORES DE CALISTO Y MELIBEA

Y DESGRACIADA CAIDA DEL PRIMERO.

(Calisto, Melibea, Lucrecia, Sosia, Tristán)

(Casa de Melibea. Noche.)

LUCRECIA.- Alegre es la fuente clara
a quien con gran sed la vea;
mas muy más dulce es la cara
de Calisto a Melibea.

Pues, aunque más noche sea,
con su vista gozará.

¡Oh, cuando saltar le vea,
qué de abrazos le dará!

MELIBEA.- Canta más, por mi vida, Lucrecia, que me huelgo en
oírte. He de ayudarte yo.

MELIBEA y
LUCRECIA.- Nunca fue más deseado
amador de su amiga,
ni huerto más visitado,
ni noche más sin fatiga.

CALISTO.- Poned, mozos, la escala, que me parece que está cantando
mi señora.

MELIBEA.- Papagayos, ruiseñores,
que cantáis al alborada,
llevad nueva a mis amores,
cómo espero aquí sentada.
La media noche es pasada,
y no viene.
Sabedme si hay otra amada
que lo detiene.

- CALISTO.- Vencido me tiene el dulzor de tu suave canto; ¡Oh, mi señora y mi bien todo!
- MELIBEA.- ¡Oh, dulce sobresalto! Todo este huerto se goza con tu venida. ¿Es mi señor de mi alma? ¿Dónde estabas, luciente sol? ¿Dónde tenías tu claridad escondida? Lucrecia, ¿tornáste loca? Déjamele, no me le despedaces. Déjame gozar lo que es mío, no me ocupes mi placer.
- CALISTO.- Pues, señora y gloria mía, si mi vida quieres, no cese tu suave canto.
- MELIBEA.- Pues tú, señor, que eres dechado de cortesía y buena crianza, ¿cómo mandas a mi lengua hablar y no a tus manos que estén quedas? Deja estar mis ropas en su lugar. Holguemos y burlemos de otros mil modos que yo te mostraré; ¿Qué provecho te trae dañar mis vestiduras?
- CALISTO.- Señora, el que quisre comer el ave, quita primero las plumas.
- LUCRECIA.- (*APARTE*) Mal tumor me mate si mas los escucho ¿Vida es ésta? ¡Que me esté yo deshaciendo de dentera y ella esquivándose porque la rueguen!
- MELIBEA.- ¿Señor mío, quieres que mande a Lucrecia traer alguna colación?
- CALISTO.- No hay otra colación para mí sino tener tu cuerpo y belleza en mi poder.
- SOSIA.- ¿Así, bellacos, rufianes, venís a asustar a los que no os temen? Esperad que os daré vuestro merecido.
- CALISTO.- Señora, Sosia es aquel que da voces. Déjame ir a valerle, no le maten.

- MELIBEA.- ¡Oh, triste de mi ventura! No vayas allá.
- SOSIA.- ¿Aún volveis? Esperadme.
- CALISTO.- Dejadme, por Dios, señora.
- MELIBEA.- ¿Y cómo vas tan recio y desarmado a meterte entre quien no conoces?
- TRISTAN.- Tente, señor, no bajes, que se han ido. ¡Cuidado señor!
(CAE CALISTO)
- CALISTO.- ¡Oh, válgame Santa María! ¡Muerto soy! ¡Confesión!
- TRISTAN.- Llegate presto, Sosia, que nuestro amo se ha caído y no habla ni se bulle.
- SOSIA.- ¡Señor, señor! ¡Tan muerto está como mi abuelo!
- MELIBEA.- ¿Qué es esto que oigo, amarga de mí?
- TRISTAN.- ¡Oh, triste muerte sin confesión! ¡Oh, día aciago! ¡Oh, arrebatado fin!
- MELIBEA.- ¡Mi bien y placer, todo es ido en humo! ¡Mi alegría es perdida! ¡Consumiósese mi gloria!
- SOSIA.- Llevamos el cuerpo donde no padezca su honra detrimento.
- MELIBEA.- ¡Oh la más de las tristes, triste! ¡Tan tarde alcanzado el placer, tan presto venido el dolor!
- LUCRECIA.- Señora, levanta, por Dios, no seas hallada de tu padre en tan sospechoso lugar, que serás sentida. Señora, señora, ¿no me oyes? No te amortazcas, por Dios. Ten esfuerzo para sufrir la pena, pues tuviste osadía para el placer.
- MELIBEA.- ¡Muerta va mi alegría! ¡No es tiempo de yo vivir!

LUCRECIA.- Avívate, aviva. Entremos en la cámara. Llamaré a tu padre y fingiremos otro mal.

MELIBEA.- ¿Cómo no gocé más del gozo? ¿Cómo tuve en tan poco la gloria que entre mis manos tuve? ¡Oh, ingratos mortales! ¡Jamás conocéis vosotros bienes, sino cuando de ellos carecéis!

Escena 40: DESESPERACION Y MUERTE DE MELIBEA.

(Melibea, Lucrecia, Pleberio, Alisa)

(Casa de Melibea. Noche.)

- PLEBERIO.- ¿Qué quieres, Lucrecia? ¿Qué quieres tan presurosa y qué pides con tanta importunidad y poco sosiego?
- LUCRECIA.- Señor, apresúrate mucho, si la quieres ver viva.
- PLEBERIO.- ¿Qué es esto, hija mía? ¿Qué dolor y sentimiento es el tuyo? Mirame, que soy tu padre. Háblame, por Dios; ¿qué has?; ¿qué sientes? ¿qué quieres?, dime la razón de tu dolor. No quieras enviarme con triste postrimería al sepulcro. Sabes que no tengo otro bien sino a tí.
- MELIBEA.- ¡Ay, dolor!
- PLEBERIO.- Dime, alma mía, la causa de tu sentimiento.
- MELIBEA.- ¡Pereció mi remedio!
- PLEBERIO.- Hija, si tú me cuentas tu mal, luego será remediado. Que no faltarán medicinas ni médicos ni sirvientes para buscar tu salud. No me fatigues más, no me atormentes y dime ¿qué sientes?
- MELIBEA.- Una mortal llaga en medio del corazón, que no me consiente hablar.
- PLEBERIO.- Levántante de ahí. Vamos a ver los frescos aires de la noche.
- MELIBEA.- Vamos donde mandares. Subamos, señor a la azotea alta, porque desde allí goce de la deleitosa vista de los navios; ello aflojará algo mi congoja.
- PLEBERIO.- Subamos y Lucrecia con nosotros.
- MELIBEA.- Mas, si a ti te place, padre mio, manda traer algún instrumento de cuerda con que sufra mi dolor o tañendo o

cantando.

PLEBERIO.- Eso, hija mía. Ya lo voy a mandar preparar.

MELIBEA.- Lucrecia, amiga, muy alto es esto. Ya me pesa dejar la compañía de mi padre. Baja a él y dile que quiero decir una palabra que se me olvidó que hablase a mi madre.

LUCRECIA.- Ya voy, señora.

MELIBEA.- Tú, Señor, que de mi habla eres testigo, ves mi poco poder, ves cuán cautiva tengo mi libertad, cuán presos mis sentidos de tan poderoso amor del muerto Calisto.

PLEBERIO.- Hija mía, Melibea, ¿qué haces ahí? ¿Qué es tu voluntad decirme?

MELIBEA.- Padre mio, no pagues ni trabajos por venir adonde yo estoy, que estorbarás lo que quiero decirte. Lastimado serás brevemente con la muerte de tu única hija. Mi fin es llegado, llegado es mi alivio y tu pena, llegada es mi acompañada hora y tu tiempo de soledad. Si me escuchas sin lágrimas, oirás la causa desesperada de mi forzada y alegre partida. Oye, padre mio, este triste y doloroso sentimiento que toda la ciudad hace, oye este clamor de campanas, este alarido de gentes, este aullido de canes. Yo fui causa de que la tierra goce sin tiempo del más noble cuerpo y más fresca juventud. Muchos días son pasados, que penaba por mi amor un caballero que se llamaba Calisto. Vencida de su amor, dile entrada en tu casa. Quebrantó con escalas las paredes de tu huerto. Perdí mi virginidad. Del cual deleitoso yerro de amor gozamos breve tiempo. Y como esta noche pasada viniese, como de la fortuna mudable estuviese dispuesto y ordenado, cayó de la alta escala. Cortaron las hadas sus hilos, cortáronle sin confesión su vida, cortaron mi esperanza, cortaron mi gloria, cortaron mi compañía.

¿Qué crueldad sería, padre mío, muriendo él despeñado, que viviese yo penada? Su muerte convida a la mía. ¡Oh, mi amor y señor Calisto! Espérame, ya voy. ¡Oh, padre muy amado! Ruégote, si amor en esta penosa y pasada vida me has tenido, que sean juntas nuestras sepulturas; juntos nos hagan nuestros funerales. Gran dolor llevo de mí, mayor de ti y de mi madre. Dios quede contigo y con ella. Cuida de este cuerpo que allá baja.

(PLEBERIO GRITA DE DOLOR)

ALISA.- ¿Qué son estos fuertes alaridos? ¿Por qué arrancas tus cabellos? ¿Es algún mal de Melibea?

PLEBERIO.- ¡Ay, ay, noble mujer! Nuestro bien todo es perdido. Porque no lleve yo solo la pérdida dolorida de ambos, mira allí a la que tú pariste y yo engendré, hecha pedazos. ¡Oh, duro corazón de padre! ¿Cómo no te quiebras de dolor, que ya quedas sin tu amada heredera? ¿Para qué edifique torres; para quién adquirí honras; para quién planté arboles; para quién fabriqué navíos? ¡Oh, tierra dura! ¿cómo me sostienes? ¿Adónde hallará abrigo mi desconsolada vejez? Del mundo me quejó, porque no dándome vida, no engendrara en él a Melibea; no nacida, no amara; no amando, cesara mi quejosa y desconsolada postrimería. ¡Oh, mi compañera buena, mi hija despedazada! ¿Por qué no quisiste que estorbase tu muerte? ¿Por qué te mostraste tan cruel con tu viejo padre? ¿Por qué me dejaste penando? ¿Por qué me dejas triste y solo en este valle de lágrimas?